

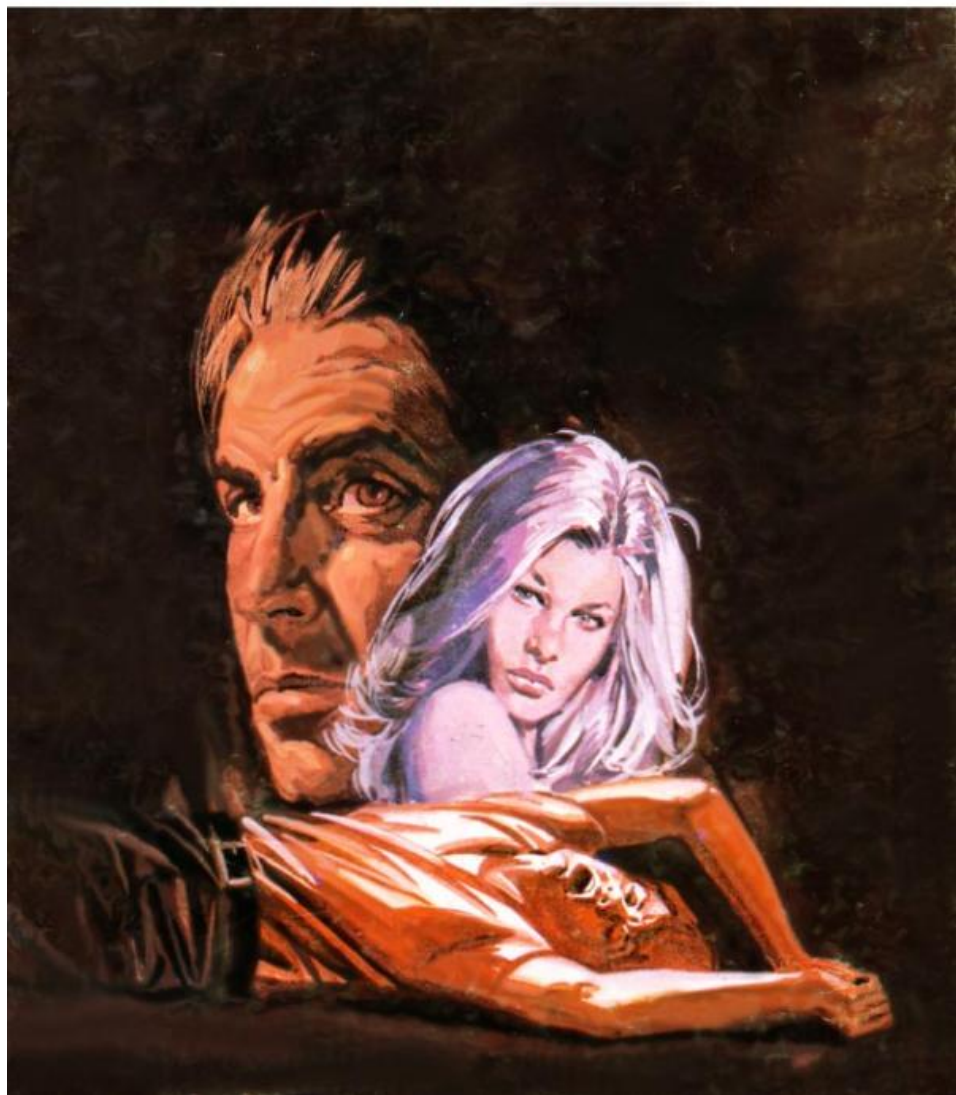
BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

la muerte no espera

CLARK CARRADOS



SS

SERVICIO SECRETO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.513 — Plomo en los pies.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.366 — El teatro de la muerte.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.058 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:
812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:
943 — La hondonada del diablo.

En Colección BRAVO OESTE:
526 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:
818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:
635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:
766 — Para pasto de los peces.

En Colección COLORADO:
1.002 — Un solo disparo.

CLARK CARRADOS

LA MUERTE NO ESPERA

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.378
Publicación *semanal*



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 46.601 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1977

© Clark Carrados - 1977

texto

© Jorge Sempere - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

En Hamburgo, un mensajero llamó a la puerta del apartamento ocupado por Otto von Hartzow.

El propio Von Hartzow fue quien abrió la puerta y contestó afirmativamente cuando el mensajero le preguntó su nombre.

—Bien, señor, este paquete es para usted. Tendrá la bondad de firmar en el libro...

Von Hartzow estudió el paquete durante unos segundos. Parecía una caja de cigarros habanos, muy bien envuelta en vistoso papel, atado con una ancha cinta de color rojo, rematada en un espectacular lazo.

Von Hartzow firmó y dio un marco de propina al mensajero. Luego, el destinatario del paquete se retiró al interior de su departamento y se dispuso a saborear uno de los cigarros que le habían enviado. Tenía bastantes amistades, algunas de ellas, femeninas y muy interesantes. Se preguntó quién de ellas era la autora del obsequio.

Desanudó el lazo, soltó la cinta y rasgó el papel de colores. La tapa de la caja quedó a la vista.

Estaba sujeta por una presilla de color dorado. Von Hartzow soltó la presilla, levantó la tapa y vio salir un dorado fogonazo del interior de la caja.

Al menos, dorado le pareció, durante el brevísimo espacio de tiempo que duró su existencia, tan corto, que ya ni siquiera oyó el estampido de la bomba. Parte de su cráneo se estrelló contra el techo de la sala, mientras el resto se esparcía en todas direcciones.

Un tabique se derrumbó. Las cortinas empezaron a arder, como consecuencia del fogonazo. El jaleo que se organizó fue mayúsculo.

El mismo día y casi a la misma hora, cinco hombres más,

recibieron otros tantos paquetes, que eran sendas bombas y que estallaron con los mismos mortíferos efectos que en el caso Von Hartzow:

En Amsterdam, Holanda, la víctima fue Jan Renvaert.

En Roma, Dino Silveri.

En París, Pierre Deschamps.

En Zurich, Romain Schallf.

Y en Lisboa, Antonio de Voralha.

* * *

Algún tiempo después, en Nueva York, un tipo llamado Ernie Shannon entró en una pequeña relojería situada en las inmediaciones de Harlem.

Shannon andaba por los cincuenta, era de mediana estatura y tenía el aspecto de un oficinista despedido por gandul y desaseado. Una apestosa colilla pendía de su labio inferior y el sombrero, que pedía a gritos el relevo, estaba caído negligentemente sobre su nuca.

—Hola —dijo Shannon.

El relojero le miró por encima de sus lentes semicirculares.

—Hola —contestó—. ¿Puedo enseñarle algo, caballero?

—Usted es Bill Floyd.

—Nunca he tratado de negarlo. Quizá no supiera contestar adecuadamente, cuando tenía unos meses de edad, pero siempre dije sí al tener el conocimiento de mi personalidad. ¿Policía?

—No, investigador privado.

—No hago préstamos; es algo que nunca me ha gustado. El que quiera dinero, que trabaje. Y, por supuesto, menos todavía, compro objetos robados.

—Es lo último de que se me ocurriría acusarle, señor Floyd. Lo que me interesa es saber a quién vendió usted, hará cosa de cuatro meses, seis despertadores baratos. Eran de distintas marcas, pero los mecanismos, por dentro, resultaban tan parecidos como los huevos de una misma gallina.

Floyd sonrió maliciosamente.

—Sí, es como las aspirinas. Hay un montón de marcas, pero todas emplean el ácido acetilsalicílico como base en su

composición. Así pasa con ciertos despertadores, pero, claro, no lo voy a decir a la clientela.

—Eso es muy lógico y yo no se lo reprocharé. Bien, ¿quién le compró los despertadores?

—Se llamaba... se llama, es de suponer, E.

A. Poe.

Shannon arqueó las cejas.

—¿Poe? Oiga, no irá a decirme que ha resucitado...

Floyd se echó a reír.

—Sí, ya sé que piensa lo mismo que yo: Edgar Allan Poe, el autor de tantas obras de misterio y terror. Cuando se lo hice notar al tipo me dijo que, en efecto, Poe era un apellido auténtico y que su padre, en honor del escritor, le puso también su nombre.

—Vaya, nunca pensé que un tipo emplease un seudónimo semejante. Hablando francamente, señor Floyd, estaba seguro de que me iba a contestar que el comprador había sido John Smith.

—Pues no, fue E. A. Poe, ya ve. Desde luego, yo también pienso que es un seudónimo, señor...

—Shannon, Ernie Shannon. ¿Puede describirme a Poe?

Floyd pareció concentrarse en sí mismo.

—Bien, si empezamos a admitir que era un seudónimo, puede que su aspecto no fuese el que yo estaba viendo.

—Un disfraz.

—Sí.

—Bien, siga.

—Era de buena estatura, delgado... por supuesto, usaba grandes gafas de color... Juraría que era pianista.

—¿Por qué?

—Manos muy blancas, finas, de dedos largos... La ropa bastante buena, pero corriente. No me pareció que supiera vestirse; juraría que el traje le estaba un número mayor que el de su talla auténtica.

Mientras Floyd hablaba, Shannon anotaba en una pequeña agenda los datos que le facilitaba el relojero.

—¿Dio Poe su domicilio?

—No. Pagó al contado, yo empaqueté los relojes por separado, él se los llevó en una gran cartera de mano que había traído consigo... y eso es todo.

Shannon sonrió.

—Gracias, señor Floyd.

—Una pregunta, amigo —dijo el relojero—. ¿Por qué investiga este asunto?

—En seis relojes, hay seis muelles más o menos idénticos, que sirven para, en determinado momento, activar seis bombas. Bueno, sirvieron, porque ya los usaron hace algunas semanas.

—¡Demonios!

—Seis bombas enviaron al diablo a seis personas.

—No he leído nada en los periódicos, señor Shannon.

—Ocurrió en Europa, señor Floyd. Gracias por todo, otra vez. Adiós.

Hacía calor y Shannon sacó un pañuelo para limpiarse el sudor de su frente, que se prolongaba casi hasta la nuca. Dirigió una sonrisa al relojero y salió a la calle.

El coche estaba aparcado a poca distancia. Shannon abrió la portezuela. Entonces, vio en el asiento de atrás a un hombre, que parecía un enmascarado, a causa de las grandes gafas de color que llevaba.

—No soy un taxista —rezongó Shannon.

—Lo sé. Siéntese, quiero hablar con usted un momento. Actúe con naturalidad, por favor.

Shannon cerró la portezuela.

—¿Y bien? —dijo.

—Se le avisó que dejara de meter las narices donde no debía. Puesto que no ha hecho caso...

Shannon sintió que una mano le asía por el cuello de la chaqueta y tiraba de él hacia atrás, a fin de mantenerlo sujeto al respaldo del asiento. En el mismo momento, se oyeron tres leves chasquidos en el interior del coche.

Shannon se estremeció brutalmente, pero sólo fue un segundo. Casi en el acto, se relajó.

En aquel momento, una mujer entraba en la relojería y vio algo en el suelo.

—Eh, se le ha caído esto, señor Floyd.

El relojero vio en el acto que se trataba de la agenda del detective. Shannon se había marchado escasamente treinta segundos antes.

—Démelo, señora Moretti —pidió.

Floyd salió a la calle. A veinte metros, había un coche parado, del que se apeó un hombre en el mismo instante. El individuo se alejó con aire enteramente natural. Cojeaba un poco, observó Floyd maquinalmente.

El relojero corrió hacía el coche del investigador.

—Señor Shannon —llamó.

Pero Shannon ya no podía contestarle.

* * *

La joven soltó una risita cuando los labios masculinos recorrieron su cuello, desde la oreja izquierda hasta el hombro. Luego, aquellos ardientes labios invirtieron el recorrido, pero bajando de nivel, hacia el centro del atractivo escote femenino.

—Querido, eres terriblemente apasionado... —suspiró ella.

—Cuando se está al lado de una mujer como tú, no se puede ser un témpano de hielo.

—Te vas a fundir, Val.

—Es cierto, me estoy derritiendo.

Ella volvió a suspirar. De repente, se oyó un ruidito sospechoso.

—¡Cielos, mi marido!

Val Hennis respingó y se puso en pie de un salto.

—¡Diablos! —masculó.

—Pronto, por la salida de incendios... Toma, no te dejes la chaqueta...

Hennis corrió hacia la ventana, alzó el bastidor y pasó a la plataforma que permitía el acceso a la escalera de incendios. Pegado a la pared, se puso la chaqueta, a fin de moverse con más comodidad.

—Una voz masculina llegó a sus oídos.

—¿Qué tal, preciosa?

—¡Hola, Sandy! —contestó ella—. Has llegado justo en el momento oportuno.

—Me alegro. ¿Cuánto?

—No lo sé. ¿Vamos a verlo?

Hennis concibió una horrible sospecha. Con las dos manos, se palpó la chaqueta.

—Esa zorra —gruñó entre dientes.

—Mira —dijo la rubia—, billetes de a veinte... ¡Eh, hay uno de cien!

—Eres maravillosa, Connie. Dame la pasta —dijo el hombre.

—Poco a poco. Las ganancias, al cincuenta por ciento...

¡Slash!

La bofetada sonó como un trallazo. Connie, que vestía solamente sujetador y pantaloncitos de encaje, cayó de espaldas, con los pies por alto.

—¡Cerdo! —gritó.

—Te daré veinte «pavos» y a callar —dijo el hombre brutalmente—. Si no te gusta el trato, puedes largarte...

—Usted no va a darle veinte «pavos» a esa tonta, al menos, de mi dinero —sonó de pronto la voz de Hennis.

El sujeto se volvió en el acto. Connie, todavía en el suelo, miró estupefacta hacia la ventana.

Hennis terminó de entrar en la habitación.

—Devuélvame la billetera —pidió, a la vez que alargaba la mano izquierda.

Hubo un instante de silencio. Luego, el hampón, de pronto, lanzó la billetera hacia su dueño.

Hennis no cayó en la trampa y dejó que la billetera cayera al suelo. El hampón la seguía inmediatamente, con la cabeza gacha, mugiendo como un búfalo enfurecido.

Su frente sólo encontró el vacío. Una pierna quedó, malignamente extendida, y le hizo caer de bruces al suelo. Ciego de cólera, el rufián se revolvió ferozmente, a la vez que sacaba una navaja de resorte.

—Ahora vas a ver...

Hennis esperó a pie firme el siguiente ataque. Cuando la navaja se acercaba a su estómago, la mano izquierda atrapó, con dedos que parecían tenazas, la muñeca de su adversario.

Hennis hizo un rápido giro hacia su izquierda. Crujieron unos huesos. La navaja cayó al suelo, mientras en el rostro de su dueño se dibujaba una mueca de insuperable sufrimiento.

Connie contemplaba la escena con ojos desorbitados por el asombro. Hennis alzó ahora la mano derecha y dio los golpes muy seguidos, con el canto, en la nariz y en los labios de su adversario.

Fueron unos golpes relativamente suaves; de haber puesto más

fuerza en el empeño, podía haberlo matado, pero sólo quería darle una lección. El rufián sintió dolores que alcanzaban hasta límites insoportables y cayó al suelo, incapaz de reaccionar.

Hennis recobró su billetera y lanzó una mirada hacia la rubia. Ella le contemplaba con expresión de terror.

—Te merecías esa bofetada —se despidió secamente.

Sintió deseos de hacerle un sermón, pero desistió. Era guapa, pero de poco seso. Nada de lo que le dijera conseguiría cambiar, no sólo su carácter, sino su género de vida.

—No aprenderá jamás —rezongó, mientras bajaba en el ascensor—. Y yo mismo, ¿no soy un estúpido? Me pareció que era otra clase de mujer...

En la calle, Hennis vio un coche de patrulla de la Policía, parado junto a la acera.

—Acércate, Val —llamó uno de los policías.

Hennis cruzó la acera.

—¡Hola, Sammy Rooke! —saludó—. ¿Qué tripa se le ha roto al sargento más eficaz del distrito catorce?

—Nos dijeron que estabas con Connie Lowes y no quisimos molestarte. Quizá tratabas de conseguir informes...

—Pues no, no he conseguido otra cosa que salvar mi billetera —contestó Hennis de buen humor—. Esa tal Connie está «liada» con un rufián al que le he dado un par de golpes, cuando se puso pesado. Si esperabas algo de la entrevista, lo siento, Sammy.

—Más siento yo la noticia que voy a darte, Val. Hace una hora escasa, encontraron a tu socio en la calle Ciento Veinticinco, Este. Muerto. Tres tiros en la espalda.

CAPÍTULO II

El cura rezó la última oración, arrojó con el hisopo agua bendita sobre el ataúd y los sepultureros se dispusieron a bajarlo a la tumba. Val Hennis, muy serio, con traje oscuro y corbata negra, fue uno de los primeros en arrojar un puñado de tierra sobre la sepultura.

El sargento Rooke hizo lo mismo. Había sido buen amigo del investigador muerto y por nada del mundo hubiera dejado de asistir a la fúnebre ceremonia. Estuvo junto a Hennis, hasta que los sepultureros hubieron terminado su tarea. El padre O'Reilly

se acercó al joven y estrechó afectuosamente su mano.

—Lo siento de veras, Val —dijo—. Yo... apreciaba mucho a Ernie; crecimos y nos criamos juntos... El me había hablado también de lo mucho que te quería. Nunca se casó y a veces te consideraba como un hijo... Ten valor... y no te dejes llevar nunca por la cólera. Piensa que, por encima de los sentimientos están las leyes de los humanos y, todavía sobre éstas, la ley divina.

—Padre, puedo perdonar a los asesinos de Ernie, pero ¿debo permitir que su crimen quede impune?

—El chico tiene razón, Sean —masculló el sargento Rooke, también amigo de la infancia del sacerdote—. A Ernie le metieron tres balas por la espalda. Eso, en cualquier parte del mundo, es un asesinato.

—Que la ira no os lleve a la venganza —aconsejó una vez más el padre O'Reilly.

Trazó en el aire la señal de la cruz—. Hasta la vista, amigos.

—Sean, te llevaré en mi coche —se ofreció Rooke.

—Gracias, Sammy. Adiós, Val.

Hennis lanzó una mirada a la tumba de Shannon. Se preguntó cómo había llegado a asociarse con un tipo que era tan diferente de él en todos los sentidos. Pensar en el pasado, se dijo, no conducía a nada bueno.

Había que pensar en el futuro. Y el futuro consistía en buscar a los asesinos de su socio.

Empezó a andar por la pendiente herbosa, hacia el camino enarenado donde había dejado su coche. Cuando estaba a punto de alcanzarlo, oyó una voz de mujer:

—¡Señor Hennis!

El joven volvió la cabeza. A poca distancia, había parado un «Rolls-Royce», plateado. Un chófer, impecable, mantenía abierta la portezuela. En el interior del automóvil, se movió la enguantada mano de una mujer.

Hennis se acercó al «Rolls».

—Entre, por favor —rogó ella—. Sólo deseo hablar con usted unos momentos.

Dominando su asombro, Hennis se sentó junto a la mujer, de la que apreció era joven y sumamente atractiva. Ella vestía con discreta elegancia y usaba un perfume caro. Debía de tener mucho dinero, dedujo, al pensar en el chófer uniformado y en el «Rolls».

—Me llamo Madge Ewiston, señor Hennis —se presentó ella—. Deseo encargarle un caso..., pero éste no es el lugar más apropiado para hablar largo y tendido. ¿Aceptaría mil dólares como anticipo por sus honorarios?

—Según el caso. Nunca acepto uno, sin conocerlo a fondo. A veces, rechazo algunos que me parecen dudosos.

—Se trata de una amenaza de muerte y un chantaje —contestó Madge—. Y no he hecho nada que merezca la extorsión ni la muerte.

—Siendo así, en principio, no hay nada que objetar, señora...

—Soy soltera —puntualizó ella, a la vez que abría el bolso—. Aquí tiene, el cheque y mi tarjeta. ¿Podrá venir a verme, mañana, a las cuatro de la tarde?

—Si me resultase imposible, llamaría por teléfono.

Madge volvió a sonreír.

—Mil gracias, señor Hennis —dijo—. No falte, se lo ruego.

—Lo procuraré.

Hennis abrió la portezuela y saltó fuera del coche. El chófer cerró y corrió a situarse en su puesto.

—Adiós, señor Hennis.

La mano de Madge se agitó de nuevo. Hennis se quitó el sombrero.

Una mujer encantadora, pensó. Refinada, distinguida, y con dinero. ¿Por qué seguía aún soltera?

Ha podido estar casada y divorciarse luego. Entonces, legalmente, es soltera, pensó, mientras caminaba pausadamente hacia su automóvil.

Entró en su casa y se dirigió al sector de vivienda privada. Era un departamento doble, una de cuyas mitades estaba destinada a la oficina. Mientras se quitaba el sombrero y la chaqueta, que arrojó sobre un diván, pensó que ya no volvería a ver más a Shannon.

Su socio, a veces, era un tipo raro, pero conseguía buenos resultados. Hennis se había peleado en ocasiones con él, aunque siempre conseguían llegar a un acuerdo final.

Lo malo era que Shannon, en determinadas circunstancias, era muy reservado y admitía casos, de los que no le informaba. Tal vez no le consideraba suficientemente preparado para trabajar en ellos... o quizá pensaba que era demasiado joven. Un hombre maduro, como Shannon, tendía a pensar de forma un tanto desdeñosa hacia otro, con veinte años menos. Solía suceder así en la mayoría de las ocasiones, pensó, mientras se preparaba un *whisky* con un par de cubitos de hielo.

De pronto, llamaron a la puerta.

Hennis tomó un trago. Luego abrió.

—Me llamo Floyd, señor Hennis —dijo el visitante a los pocos momentos—. Su socio, el señor Shannon, estuvo hablando conmigo hasta un minuto antes de su muerte.

Hennis encontró muy interesante aquella declaración.

—Le serviré un trago —dijo.

—Gracias.

Floyd aceptó la bebida de buena gana. Después de unos sorbos, empezó a hablar.

Para entonces, ya tenía la agenda que su socio había perdido. Esperó a que Floyd terminase su relato y le dio las gracias por su

gesto.

—Pagaré las molestias que esto le ha ocasionado —dijo, a la vez que extraía unos billetes del bolsillo del pantalón—. Señor Floyd, le estoy inmensamente agradecido por el gesto, dígame, ¿por qué no se le ocurrió entregar la libreta de notas a la Policía?

—El que investiga el caso es el teniente Rafferty —contestó Floyd, a la vez que hacía una mueca—. Hace un año, me acusó de comprar objetos robados. La acusación no prosperó, como es lógico; jamás me he metido en asuntos sucios. Esto es una especie de venganza por la cochinada que me hizo.

Hennis sonrió.

—Entiendo —contestó.

Floyd se marchó. Hennis volvió a llenar la copa nuevamente.

Los informes del relojero podían resultar preciosos. Sobre todo, si tenía en cuenta que se trataba de un caso del que Shannon, como a veces solía hacer, no le había dicho una sola palabra. ¿Por qué diablos tenía que interesarse en el hombre que había comprado seis relojes?

Seis relojes, seis muelles, seis bombas...

Y el asesino que cojeaba levemente.

Si era un asesino profesional, alguien había cometido un error. Nadie recordaría su cara o su aspecto, pero sí el defecto físico.

El teléfono sonó en aquel instante, cortando con brusquedad sus reflexiones.

Levantó el aparato:

—Hennis —dijo.

—¡Hola, amigo! —habló alguien—. Voy a darle un consejo. Shannon está muerto y eso es algo que ya no se puede remediar. Deje que descanse en paz en su tumba... y usted tardará muchos años en ir a hacerle compañía.

Hennis oyó el «click» indicador del final de la comunicación. Era inútil tratar de seguir hablando con el desconocido, pero el sentido del mensaje resultaba claro aun para el más lego.

Debía abandonar el caso o acabaría como su socio.

* * *

Madge Ewiston abrió personalmente la puerta al otro día, a las

cuatro.

—Es usted puntual, amigo mío —dijo, con una graciosa sonrisa—. Pase, por favor, y disculpe la ausencia del mayordomo, pero es su tarde libre, como la del resto de la servidumbre, es mejor que estemos solos.

Hennis asintió, mientras estudiaba discretamente el interior de la lujosa mansión. Estaba decorada con muebles valiosos y de buen gusto..., claro que el buen gusto se conseguía muchas veces con dinero en abundancia.

El salón era amplio, dividido en dos partes, una de las cuales estaba situada a un nivel superior en un metro, separada en parte por una artística verja de hierro forjado. A la derecha, había un rincón íntimo, con un diván semicircular, frente a la chimenea de metal negro, suspendida del techo.

En el lado opuesto había un bar, bastante ancho. Madge preparó dos copas y volvió con ellas en la mano al rincón íntimo adonde había conducido a su visitante.

—Señor Hennis, lo que deseo decirle es muy grave. Aunque no lo parezca, sinceramente, tengo miedo —declaró, después de tomar un sorbo de su copa.

—Si la han amenazado de muerte, resulta lógico —convino Hennis—. Pero hable con sinceridad, se lo ruego.

—Será mejor que empiece por el principio. Abra ese sobre y vea su contenido.

Hennis había visto sobre la mesa auxiliar un sobre de buen tamaño, aunque, discreto, se había abstenido de tocarlo. Ante la recomendación de Madge, tomó el sobre y sacó varios papeles de su interior.

Uno de ellos era una hoja de papel recio, que tenía cosidas otras con una grapa. Hennis apreció que eran fotocopias de unas noticias periodísticas, en distintos idiomas.

—Las noticias dicen lo mismo, aunque se trate de distintas personas —declaró Madge—. Si se fija bien, verá que seis personas, hombres todos, murieron el mismo día y aproximadamente a la misma hora, y todos asesinados por idéntico procedimiento: la caja, obsequio de un supuesto amigo, que contenía una bomba.

Hennis frunció el ceño. ¿A qué se debía aquella extraordinaria casualidad?

Según le había relatado Floyd, su socio Hennis estaba investigando la muerte de seis personas. ¿Se trataba del mismo caso?

Madge le contemplaba con infinita atención. Al cabo de unos momentos, Hennis fijó la vista en la cuartilla suelta.

Era un mensaje de clara amenaza:

«Usted dirigía la oficina que Jan Renvaert tenía en Nueva York y estaba autorizada para manejar su cuenta corriente. Vea cómo murió Renvaert y trate de evitarlo, mediante la entrega de doscientos cincuenta mil dólares, en la forma y el momento que le serán indicados oportunamente.

»Como suponemos que extraer del Banco semejante cantidad, en una sola vez, resultaría sospechoso, le concedemos un mes de plazo, para que reúna la suma mencionada. Avisaremos el día y la hora en que debe entregar el dinero. Lógicamente, deberá abstenerse de avisar a la Policía. Si lo hace, morirá.

»Y si no entrega el dinero, morirá también».

No había firma, apreció Hennis. El mensaje, por otra parte, estaba escrito a mano, con un grueso rotulador y letras mayúsculas.

—Un cuarto de millón es una bonita cantidad, en efecto —comentó, tras haberse enterado del contenido del sobre.

—Es cierto, pero yo no puedo entregar ese dinero —manifestó la joven.

—¿Acaso no lo tiene?

—Es que yo no he sido jamás empleada del tal Renvaert.

Hennis casi saltó en su asiento al escuchar aquellas palabras.

—En tal caso, no comprendo...

—Debe de tratarse de la anterior ocupante de esta casa —dijo Madge—. Yo la alquilé hace cinco semanas, y prácticamente resido en ella a prueba. Si me gusta, la compraré. Pero no conozco a la secretaria de Renvaert ni al propio Renvaert ni jamás he tenido la menor relación con ninguno de los dos.

—Bueno, el autor del mensaje, sin embargo, parece estar muy bien enterado de ciertas interioridades, difíciles de refutar, a mi parecer.

—Tal vez, pero, si se fija, observará que ni en el sobre ni en el mensaje figura nombre alguno de mujer. Sólo aparece el de Renvaert.

—Es verdad —admitió Hennis—. Entonces. ¿Cómo llegó a su poder?

—Lo encontró mi mayordomo hace algunos días, en el jardín. Alguien debió de arrojarlo desde el exterior, por encima de la tapia.

—Creo que entiendo. El mayordomo, ¿le entregó a usted el sobre inmediatamente?

—Sí, porque ocurrió a la hora del desayuno. El me servía a la mesa y vio desde aquí el sobre que revoloteaba por los aires. Salió, lo recogió y me lo trajo.

—¿Le habló de su contenido?

—No. Dije que era propaganda comercial.

—Es curioso —murmuró Hennis—. El sobre va dirigido a la secretaria de un hombre muerto a miles de kilómetros de distancia. Eso significa que esa mujer vivió aquí antes que usted.

—Es lo que yo he deducido, aunque, al parecer, se marchó hace ya seis semanas, por lo menos. Y tal vez lo hizo, después de «limpiar» la cuenta corriente de Renvaert. Ahora, yo estoy amenazada de muerte, me piden un cuarto de millón, no estoy dispuesta a darlo... y me veo metida en un asunto, del que soy absolutamente inocente.

—Si es cierto lo que dice, tiene usted toda la razón. Pero podríamos empezar preguntando por el administrador de la propiedad. El, sin duda, nos informará acerca de la secretaria de Renvaert. Aunque encuentro muy extraño que una simple secretaria residiese en una mansión tan lujosa.

—Acaso los negocios de Renvaert exigían que ella viviera aquí —apuntó Madge—. Si el chantajista pide un cuarto de millón, es probable que los negocios fuesen muy importantes. Además, cabe la posibilidad de que Renvaert hiciese frecuentes viajes a Estados Unidos. En tal caso, le convendría tener una residencia propia.

—Y la secretaria al alcance de la voz en todo momento. —Hennis se puso en pie—. Bien, señorita Ewiston, haré todo lo que

pueda por librarla de conflictos.

Madge se levantó también. Vestía una especie de túnica oriental, cerrada de mangas y cuello, larga hasta los pies, con extraños dibujos en los bordes. Era una indumentaria muy atractiva, sobre todo, si se tenía en cuenta la finura de su tejido. Al hallarse Madge entre el ventanal y el visitante, éste podía contemplar al trasluz una espléndida silueta femenina.

Ella se dio cuenta de lo que sucedía y enrojeció levemente. Entonces llamaron a la puerta.

—Dispense —murmuró.

—No se preocupe, ya me iba.

CAPÍTULO III

El hombre que apareció era joven, aunque ya había pasado de los treinta. Vestía chaqueta azul, con pañuelo granate, y pantalones blancos.

—¡Tengo el coche listo, Madge! —gritó—. ¿Cuándo nos vamos?

De pronto, vio a otro hombre en la casa y frunció el ceño.

—¿Quién es, cariño?

—Gene, te presento al señor Hennis... abogado mío —dijo la joven—. Señor Hennis, mi prometido, Gene Salmson.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Hennis no quiso desmentir a Madge; probablemente, no quería que su futuro esposo supiese lo que le ocurría.

—La tendré al corriente de mis gestiones, señorita —se despidió el investigador.

Al cerrar la puerta, Hennis tuvo tiempo de oír todavía la voz del recién llegado:

—Vamos, Madge, date prisa; tengo ganas de que veas mi nuevo yate... ¡Oh!; no es tan grande como el *Queen Elizabeth*, pero vaya, cabremos los dos en él...

Hennis meneó la cabeza.

—Estos millonarios —suspiró—. «Rolls», mayordomo, doncella, cocinera... Seguro que también tiene jardinero. No se privan de nada.

Fuera, en el exterior, había un coche que le dejó con la boca abierta. Debía de ser el de Salmson, dedujo.

—«Aston Martin» —murmuró—. Ni que fuese James Bond. —Y cuando se sentó tras el volante de su modesto «Chevrolet 73», añadió—: Si yo fuese el chantajista, dejaría a la secretaria, me dedicaría a ella y le sacaría un millón. Seguro que ni lo notaría.

El administrador de la mansión se llamaba Frank Nessine y manifestó no tener la menor idea del paradero de su anterior ocupante.

—El nombre era Nadie Hardon —declaró—. Pagaba puntual y, créame, el alquiler no es barato, dadas las condiciones de la casa y la zona residencial en que se encuentra. Pero jamás tuve problemas con la renta, se lo aseguro.

—¿Habló con ella en alguna ocasión?

—Sí, un par de veces, pero nada importante; temas relacionados con alguna deficiencia de la casa, que hice subsanar de inmediato. Me pareció una dama elegante y atractiva, muy distinguida, desde luego.

—¿Mencionó la señorita Hardon en alguna ocasión a un tal Jan Renvaert, de Amsterdam, Holanda?

—¿Renvaert? Oh, no, nunca. Jamás había oído este nombre antes de ahora.

—De modo que la señorita Hardon se marchó y no le dijo nada acerca de su futuro domicilio.

—Lo siento —contestó Nessine.

Un tanto despechado, Hennis abandonó el despacho del agente de fincas. ¿Por dónde empezar, si no tenía el menor indicio?

Indudablemente, la extorsión dirigida a Madge estaba relacionada de algún modo con los seis muertos en distintas ciudades de Europa. Era un asunto muy serio, puesto que alguien había considerado conveniente liquidar a su socio.

Lo malo era que las pistas que Shannon había conseguido no eran excesivas. Una relojería, en donde se habían comprado seis despertadores... Pero ¿por qué diablos había tenido que investigar seis asesinatos cometidos a tantos miles de kilómetros de distancia?

Era algo que no le cabía en la cabeza. Había registrado a fondo la agencia, los cajones, los archivos, todo, incluso el propio dormitorio de Shannon, pero no había conseguido encontrar otra cosa que la agenda que le había entregado el relojero.

—Si, por lo menos, supiera qué le impulsó a entrar en este juego —murmuró.

Sin embargo, había una débil pista. Poco antes de ir a entrevistarse con Madge, había hablado por teléfono con el relojero, a fin de intentar que le diese más detalles de cuanto había visto el

día del asesinato de su socio. Floyd le había dicho que, poco después de marcharse Shannon de la tienda, había visto a un hombre que se alejaba del coche de la víctima.

El individuo se había metido en otro automóvil que parecía aguardarle a poca distancia, ya que arranco inmediatamente. Floyd había captado algunos detalles interesantes: el supuesto asesino era un sujeto muy alto, de hombros tremendamente anchos pero cojeaba claramente al andar.

—No es mucho, pero puede ser un principio —se dijo.

* * *

El hombre era bajito, regordete y tenía los brazos y las piernas ridículamente cortos. Cuando Hennis lo vio, parecía muy ocupado con una exuberante rubia, que le doblaba casi en volumen corporal.

—Mac, deja de hacer el pulpo —dijo Hennis, sarcástico.

Jim Mac Bane, alias *el Sapo*, volvió la cabeza, sin quitar los brazos de la carnosa cintura de su pareja.

—Val, muchacho, ¿por qué ahora? —se quejó—. La tengo ya a punto... Va a caer en seguida...

—Esa caída, y no sobre el suelo, precisamente, puede esperar sólo cinco minutos. —Hennis enseñó dos billetes de a veinte—. Mac, tienes un apodo muy feo, pero yo nunca te lo he aplicado.

Mac Bane suspiró y soltó a la rubia.

—Siéntate en aquella mesa del rincón y pide algo por mi cuenta —ordenó.

La mujer se alejó sin pronunciar una palabra. Hennis sonrió.

—Mac, si empiezas hoy con este sistema terminarás mañana —dijo.

—Me gusta —respondió Mac Bane—. Además, tengo la ventaja de no dormir con ella, así que no oigo sus ronquidos. Pero en cuanto a lo demás... Bueno, muchacho, supongo que no hemos venido aquí para hablar de las habilidades de mi amiga.

—No. Ando buscando a un tipo muy alto, más que yo. Ancho de hombros y que cojea un poco al andar.

Mac Bane puso los billetes en uno de sus bolsillos.

—¿Cojo?

—Sí.

—¿Por qué lo buscas?

—Sospecho que es el asesino de mi socio.

—Estoy enterado de lo que le sucedió al pobre Ernie. Lo siento, Val.

—Gracias, pero dime algo de ese tipo.

Mac Bane pareció sumergirse en sus recuerdos.

—Un asesino cojo... —musitó—. El único que conozco yo es Dogo Cleugh, pero no tiene nada de cojo. Usa pistola, desde luego, pero también, a veces, ha matado a un hombre de un puñetazo. Es un mal bicho, te lo aseguro.

—Ha podido sufrir algún accidente...

—Lo vi ayer mismo y no cojeaba, Val. Claro que también puede ser otro el asesino. Pero por la forma en que lo hizo, bien pudo tratarse del Dogo.

—Un apodo extraño —comentó Hennis.

—Lo tiene bien merecido. Hace un par de años, se enzarzó en una pelea con un tipo de su misma corpulencia. La cosa estaba igualada, pero Cleugh salió del trance, gracias a los mordiscos que le pegó a su adversario. Los médicos no saben todavía cómo pudo salvarse; uno de los bocados rozó la yugular. Peor que un mastín rabioso, créeme.

—Por lo visto, con tal de liquidar a la gente, no le importa usar toda clase de armas.

—Sí, aunque no es tan tonto como para no emplear una pistola con silenciador, cuando la ocasión lo requiere. Val, no sé si hoy acudirá al Black Hole, pero yo diría que es allí donde tiene su cuartel general.

Mac Bane alargó la mano, asió una cucharilla que había sobre el mostrador y golpeó un vaso, que resonó musicalmente.

—Cinco minutos. Se acabó la conferencia —dijo, a la vez que se apeaba del taburete, para dirigirse al rincón donde le aguardaba la rubia.

Hennis salió a la calle. Su viaje al Black Hole resultó inútil. Aquella noche, Cleugh no se hizo visible. Por otra parte, no quiso hacer preguntas sobre él, a fin de no levantar la liebre.

Cuando salía del local, le detuvo una mujer.

—Estás buscando a alguien. Quizá yo pueda ayudarte, buen mozo.

Hennis miró críticamente a la mujer. Era joven, de mediana estatura y cuerpo con grandes atractivos. No parecía del tipo clásico de buscona, aunque tampoco se podía asegurar lo contrario, pensó.

—Tienes buena vista —sonrió—. Me llamo Val.

—Sally —dijo ella, a la vez que se colgaba desenvueltamente de su brazo—. Mi casa está a menos de dos manzanas. En el frigorífico tengo pollo frío y cerveza. Pero también hay buen *whisky* de centeno, si lo prefieres.

—Quizá te prefiera a ti, Sally.

—Te adoro, Val —rió ella—. ¿A quién buscas?

—¿Cuánto pides?

—Eres directo, ¿eh?

—Puesto que has adivinado lo que hago por aquí, ¿para qué andarnos con rodeos?

—Cincuenta, Val.

—Los tendrás si la cosa merece la pena.

—Yo creo que sí. Eras el socio de Shannon.

—Ah, vaya, lees los periódicos, Sally.

—Hace tres años, me sacó de un buen lío. Lo hizo desinteresadamente y ni siquiera me pidió luego que me fuese con él a la cama. No soy una golfa, desde luego, pero habría hecho cualquier cosa que me hubiera pedido.

De seguir en la calle a pasarme cinco años a la sombra, la cosa varía bastante, ¿no crees?

—¿Qué te ocurrió, Sally?

—Había un tipo al que yo le gustaba. En cambio, él no me gustaba ni a dos kilómetros de distancia. Un día me metió en el bolso dos sobrecitos con «nieve».

—Entiendo. Shannon te libró...

—Sí. Era buen amigo del sargento Rooke y arregló el asunto.

—Sally, quiero que me digas una cosa. ¿En qué trabajas, ahora?

—No recorro las aceras, si es eso lo que deseas saber. Lo que no impide que, cuando un chico me cae simpático... Estoy de cajera en un cine y hoy es mi día libre. No gano demasiado, pero vivo y duermo tranquila.

—Eso está muy bien, Sally.

Minutos después, ella abrió la puerta de su piso, pequeño, pero bien cuidado. Con gran desenvoltura, se soltó el cierre de su vestido, lo dejó caer al suelo y luego señaló una mesita.

—Ahí está el *whisky*. ¿O prefieres comer?

—Tomaré un trago, no tengo apetito.

—Voy al baño un momento, Val.

Hennis se sirvió dos dedos de *whisky* de centeno. Bueno, pero fuerte, calificó mentalmente.

Encendió un cigarrillo. La joven volvió a poco, vestida con una bata corta y se sentó a su lado.

—Apostaría algo a que lo hizo John Dillon —manifestó, después de encender un cigarrillo.

—¿Dillon?

—Sí. Es de los que siempre usan pistola con silenciador.

—¿Lo conoces personalmente?

—Por supuesto.

—Descríbelo, por favor.

—Es muy alto, más que tú, y tremendamente ancho de hombros. Tiene en la cara unas cicatrices que hacen volver los ojos en el acto. Creo que hace años se peleó con otro tipo y éste le pegó unos cuantos mordiscos.

—Dogo Cleugh —dijo Hennis.

Sally se encogió de hombros.

—No sé cómo se llama el otro. Val, hubo un tiempo en que yo andaba mezclada en esta vida, pero lo dejé. A la larga, no se saca nada, si no es una cuchillada en la cara, cuando no en el ombligo.

—Comprendo. ¿Sabes cómo puedo encontrar a Dillon?

—Ahora es ya un poco tarde, pero puedes ir al Green House. Cuatro manzanas más abajo, Val.

Hennis se puso en pie. Dos testigos distintos afirmaban que dos personas podían ser el asesino de Shannon. Valdría la pena investigar, se dijo.

—Sally, ¿cojea Dillon? —preguntó.

—No.

—¿Ni por un reciente accidente?

—Hace dos días, después de la hora en que se cometió el asesinato, tenía los pies completamente normales.

Hennis se puso en pie. Sacó un rollo de billetes y reparó cinco de

a diez.

—Te lo has ganado, Sally —sonrió.

Ella se puso también en pie. Tomó los billetes, los contempló unos instantes y luego dejó que su bata resbalase hasta la cintura.

—Val, ahora soy yo la que paga —dijo, maliciosa.

Hennis sonrió, mientras rechazaba el dinero que ella le devolvía.

—Hay cosas que se hacen gratis de muy buena gana —contestó.

CAPÍTULO IV

Hennis abandonó la casa de Sally pasadas las tres de la madrugada. Caminó un rato a pie, por las calles desiertas y, al fin, alcanzó su coche, que estaba en el mismo sitio donde lo había dejado al ir en busca de Cleugh.

Sentóse tras el volante y se dispuso a dar el contacto. Una voz sonó repentinamente a su espalda.

—No se moleste en arrancar, no va a ir a ninguna parte.

Hennis se puso rígido.

—¿Cleugh?

—Se le dijo que olvidase este asunto. No lo ha hecho, de modo que deberá atenerse a las consecuencias. En cuanto a mi nombre, ya lo sabrá cuando esté en el otro barrio.

Hennis oyó tres ligeros estampidos. Lentamente, se inclinó a un lado, se convulsionó un poco y luego quedó completamente inmóvil.

El asesino abrió la portezuela posterior y salió a la acera. Sin prisas, caminó hacia un coche que había parado a poca distancia.

De repente, oyó pasos precipitados tras él.

Se volvió. Una mueca de infinito asombro surgió en su rostro.

—Está vivo... —No puede ser— exclamó.

—He resucitado —dijo Hennis, riendo.

Y se arrojó sobre el asesino, tratando de alcanzarlo antes de que pudiera sacar su pistola. Pero el individuo lo rechazó de un tremendo puñetazo, que lo hizo rodar por el suelo.

A poca distancia, se oyó el rugido de un motor que se ponía en marcha. Hennis hizo un esfuerzo para incorporarse.

El asesino corría hacia el coche. Súbitamente, alguien sacó medio cuerpo por la ventanilla lateral.

Hennis vio algo que vomitaba varias llamaradas rojas, sin apenas ruido. El asesino, sorprendido, dio unos cuantos traspiés. Hennis volvió a tumbarse, mientras el coche arrancaba a toda velocidad.

El asesino intentó levantarse. Hennis le vio arrojar torrentes de sangre por la boca. De pronto, cayó de bruces, pataleó frenéticamente y luego se quedó quieto.

—No se deben repetir los métodos —murmuró, mientras se ponía en pie, pensando en la gruesa plancha de blindaje que había colocado en el asiento delantero y que había servido para detener los proyectiles que, de otro modo, le hubieran causado la muerte, lo mismo que a su socio.

* * *

Hennis se levantó muy tarde al día siguiente. Después de un buen baño y del desayuno que, dada la hora, resultó almuerzo, empezó a trabajar en algo que se le había ocurrido a poco de acostarse.

Fue una labor larga y tediosa, pero que, al fin, creía, se vio coronada por el éxito. Cuando terminó, tenía doce nombres; seis de hombre y seis de mujer, en dos columnas paralelas.

Uno de los nombres era el de Jan Renvaert. El nombre de la mujer que había a su derecha era el de Nadia Hardon y la dirección correspondía exactamente con la de Madge Ewiston.

Después de unos minutos de reflexión, se decidió finalmente por Jayne Roxlane. Si sus deducciones eran lógicas, debía de ser la secretaria de Otto von Hartzow, el alemán decapitado por la bomba, en Hamburgo.

Cabía la posibilidad de que fuese la secretaria de otro de los asesinados, pero, en resumidas cuentas, era un dato sin importancia. Lo único que le importaba era encontrar a *miss* Roxlane.

De pronto, sonó el teléfono. Alzó el aparato y pronunció su nombre.

—Soy Mac —dijo el que llamaba—. Te has librado de una buena, Val.

—Eso parece, Mac. Al tipo lo llenaron de plomo sus compinches.

—Claro, así no soltaba la lengua. Pero ¿cómo diablos pudiste salvar el pellejo?

—Bueno, me pareció prudente prevenirme, después de lo que le había pasado a mi socio. Hay un buen mecánico, que es amigo, y me blindó el asiento delantero. Me hice el muerto y luego salí corriendo tras el sujeto... que no era precisamente Dogo Cleugh.

—Sí, se llamaba Pete Farka. Lo siento, no le conocía.

—Creí que ibas a decirme algo importante, Mac. ¿O es que la rubia te ha dejado sin memoria?

Mac soltó una risita.

—Es un volcán, como me gustan —contestó—. La noticia es que conozco al jefe de Cleugh.

—Yo creí que actuaba por su cuenta...

—¿Esa bestia con dos patas? No es tonto, ciertamente, pero algunas cosas resultan superiores a su capacidad mental. El jefe se llama Hudd Steele. Yo no lo juraría ante un tribunal, pero si Steele no tiene una organización que se dedica a liquidar a la gente por dinero, me dejo cortar una mano, Val.

—¿Sabes dónde vive, Mac?

—Calle Ciento Dos Este, cuatrocientos.

—Esto vale treinta «pavos». ¿De acuerdo?

—Ya me los darás cuando nos veamos. ¡Suerte!

Hennis dejó el teléfono en la horquilla. Apenas lo había hecho, sonó el timbre nuevamente.

—Soy Madge Ewiston. Acaban de llamarme hace diez minutos, señor Hennis. Me han preguntado si he reunido el dinero y me han indicado que tengo una semana de plazo para entregarlo.

—¿Qué ha dicho usted?

—Bueno, he dado largas... Si hubiera contestado negativamente, habría podido sospechar algo. Pero sólo dispongo de siete. Y estoy segura de que si negase ser la secretaria de Renvaert, no me creerían.

—Conozco el nombre de esa dama, pero no he podido averiguar su paradero. De todos modos, no se preocupe; cuando la llamen de nuevo, diga que sólo espera instrucciones para entregar el dinero. ¿De acuerdo?

—Sí, señor Hennis. Una pregunta... ¿Resultarán sus honorarios... muy elevados? ¿No... no tiene bastante con los mil

dólares que le entregué?

Hennis frunció el ceño. Una mujer tan rica como Madge, ¿se preocupaba por semejante minucia? Claro que también podía ser muy tacaña. «En este perro mundo se ve de todo», pensó.

—Mi cuenta no debe quitarle el sueño, señorita Ewiston —dijo.

Colgó el teléfono y tomó el papel que era el resultado de su trabajo con la guía telefónica.

—En fin, vamos a ver si tenemos suerte con Jayne —murmuró.

* * *

Jayne Roxlane no estaba en casa. El conserje del edificio le informó de que había salido poco antes, aunque no tenía la menor idea de la hora de su regreso.

La vista de un billete de cinco dólares estimuló la memoria del conserje.

—No hace mucho que vive aquí, sólo cuatro o cinco semanas. Pero éste es un edificio caro; los alquileres son sólo para personas distinguidas.

«Vamos, con pasta», pensó Hennis.

—Diríase que la señorita ha heredado a un tío millonario —añadió el sujeto—. Pero, aunque a veces vuelve muy tarde, aquí, al menos, su comportamiento es muy serio.

—Usted no puede decirme adonde ha ido —dijo Hennis.

—Lo siento. La señorita Jayne no tiene coche, por lo que me pidió llamase un taxi...

Hennis dejó una tarjeta sobre el mostrador.

—Si la ve a su regreso, llámeme a este teléfono, cualquiera que sea la hora del día o de la noche.

—Así lo haré, señor.

Hennis salió del edificio bastante defraudado. El conserje decía que Jayne daba la sensación de haber heredado a un tío rico. El tío rico, ¿no era Von Hartzow?

Si, como en el caso de Nadia Hardon, disponía de una suculenta cuenta corriente, podía haberse aprovechado de las circunstancias al conocer la muerte de Von Hartzow. Ello podría explicar aquel repentino cambio de fortuna.

Pero eran seis los asesinados por sendas bombas. Cada uno de

ellos, según todas las apariencias, tenía su respectiva secretaria. ¿No se habían coaligado las seis mujeres para hacer asesinar a distancia a sus jefes y quedarse así con el dinero de las cuentas corrientes?

—Sacó la lista que había redactado y consultó los nombres escritos en ella. Media hora más tarde, estaba en el vestíbulo de un edificio destinado a oficinas comerciales.

—Despacho del señor Deschamps, por favor —solicitó.

—Todas las oficinas están ya cerradas, señor —respondió el conserje.

De nuevo tuvo que recurrir Hennis al dinero.

—Más que el señor Deschamps, me interesa su secretaria. ¿Sabe dónde vive?

—Una vez me dejó la dirección, pero de eso hace ya bastante tiempo. Ahora lleva cinco o seis semanas sin venir y no sé...

Hennis empezaba a creer que los seis asesinatos habían sido urdidos por las secretarias. Naturalmente, habían necesitado ayuda, pero no habían contado con la huésped. Y era que el hombre que les había ayudado, probablemente, el constructor de las bombas, quería sacar su tajada del negocio.

—Bien, deme esa dirección y así sabré si continúa o no viviendo en el mismo sitio.

—Con mucho gusto, señor.

La secretaria se llamaba Carla Maine. Por segunda vez en el mismo día, Hennis supo del sabor del fracaso. Carla se había ausentado sin dejar su dirección.

Era ya tarde para seguir haciendo indagaciones, así que lo dejó para el día siguiente. Cenó en un restaurante que conocía desde hacía bastante tiempo y regresó a su casa.

Durante largo rato, caviló en la forma de atrapar al hombre que solicitaba un cuarto de millón de dólares. Al fin, creyó haber encontrado un procedimiento. Bien mirado, podía resultar el cabo del hilo que le llevase al lugar donde estaba el ovillo: la persona que había ordenado el asesinato de Shannon.

—Y el mío también —gruñó, cuando ya apagaba la luz.

Al día siguiente, cuando se disponía a salir, llamó Madge.

—Señor Hennis, ¿podría venir a verme? Tengo algo importante que decirle, pero no querría emplear el teléfono...

—He de hacer algo urgente, señorita. Iré en cuanto me haya

despachado. Espero verla a la hora del almuerzo, quizá un poco más tarde.

—Muy bien, pero no deje de acudir.

Hennis salió de su casa. En el trayecto, le pareció que era seguido, pero no hubiera podido asegurarlo de un modo rotundo. Treinta minutos más tarde, se detuvo ante una puerta en la que se leía un rótulo:

H. STEELE

Garantías

Empujó la puerta. Una chica, que movía las mandíbulas incesantemente, le miró de pies a cabeza.

—Fabuloso —dijo.

—Soy carne y hueso, no un héroe de fábula —contestó Hennis.

—Llevo en esta oficina dos años. Es usted el tipo más guapo que he visto en todo ese tiempo.

Hennis contempló a la secretaria. El pelo era teñido, no cabía la menor duda, pero lo que había bajo el *pullover*, dos números más abajo de la talla real, era realmente auténtico, y muy provocativo, sin necesidad de usar siquiera la prenda femenina que debía elevar y sujetar lo que no necesitaba elevarse ni sujetarse.

La mesa era abierta y se inclinó para ver las piernas.

—No son de fábula, son las más bonitas que he visto —elogió.

—¡Psé!; pasables —dijo la chica—. ¿A qué ha venido? ¿Necesita pasta? Tendrá que rellenar un cuestionario... Tome y se lo entregará al jefe, aunque ahora tendrá que esperar un poco. Está con una visita...

Hennis tomó el cuestionario, lo leyó rápidamente y luego escribió un nombre, dirección y profesión absolutamente imaginarios. En la casilla donde se leía un epígrafe, «Motivos del préstamo», escribió: «Para contratar un asesino profesional».

La chica tenía al lado un bloque de anotaciones. Hennis escribió en él su número de teléfono. Arrancó la hoja, agregó dos billetes y se la entregó.

—Llárame al terminar la jornada —dijo—. Quiero charlar un rato contigo... Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Roberta, pero todos me llaman Bobbie.

—No le digas nada al jefe.

—Descuida.

La puerta del despacho se abrió en aquel momento.

—Lo siento de veras, señor Salmson —oyó una voz masculina—. Ya he hecho por usted todo lo que podía hacer.

Hennis bajó la cabeza, como si estuviese concentrado en la lectura del cuestionario que acababa de rellenar. El riquísimo prometido de Madge, ¿habría ido a solicitar un préstamo a Steele?

Salmson pasó por su lado, pisando fuerte, pero no ciertamente por orgullo, pensó Hennis, sino por la furia que debía de producirle el fracaso de su petición. Abandonó la oficina y cerró de un portazo.

Bobbie miró al joven. Steele había cerrado la puerta de su oficina. Hennis entregó el cuestionario doblado por la mitad.

—Entrégaselo así —dijo.

—De acuerdo.

Hennis encendió un cigarrillo. Un minuto más tarde, Steele apareció en la puerta de su despacho.

—Lo que ha escrito usted es una estupidez —dijo.

Hennis sostuvo sin pestañear la colérica mirada del sujeto.

—Es tan cierto como que Washington es la capital de la nación —respondió—. De todos modos, llamaré por teléfono en otro momento: ya veo que ahora está muy ocupado. Encantado, señor Steele. Señorita —se despidió de Bobbie—, muchas gracias por su amabilidad.

CAPÍTULO V

—Nadia Hardon me ha telefoneado esta mañana —declaró Madge, una hora más tarde. Enseñó una figurilla de porcelana—. Dijo que es suya y que le gustaría tenerla. Pero ahora está enferma y no puede venir. Me ha rogado que se la lleve... Esto me parece una trampa, señor Hennis.

—A mí también —contestó el joven—. Podía haberle dicho que se la enviase por alguna agencia, ¿no cree?

—Eso es lo que yo pienso.

Hennis contempló la figurilla, que no parecía tener demasiado valor. Era una alegoría de Diana cazadora, con dos lebreles, con una altura máxima de unos cuarenta centímetros.

—Muy vulgar —calificó.

Examinó la base y encontró la marca de fábrica. De pronto, agarró la figurilla por el torso de la cazadora y la golpeó fuertemente contra el canto de una mesa.

Magde lanzó un grito. La figurilla se rompió en multitud de pedazos. Un objeto, envuelto en papel de seda, cayó al suelo.

Hennis quitó el papel. Una llave apareció inmediatamente a la vista.

—Apostaría algo a que es la llave de una caja de depósitos de un Banco —dijo.

Madge se sentía pasmada.

—No entiendo —murmuró—. ¿Cómo pudo olvidársela?

—Tal vez escapó demasiado aprisa... Se daría cuenta más tarde, pero no hizo nada, hasta que empezó a sentir la falta de dinero... o de lo que hay en esta caja de depósito. Nadie le habrá dado la dirección, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—Está bien. Puesto que conozco la marca de fábrica, compraré otra figurilla igual. Cuando la tenga, se la traeré e iremos los dos a llevársela. Mientras tanto, si le llama, alegue compromisos sociales, pero prométale llevarle la figurilla en cuanto le sea posible. ¿De acuerdo?

—Sí —contestó la joven—. Por favor, ¿ha hecho algo respecto al dinero que he de entregar?

—No se preocupe. Lo único que quiero es que me tenga informado en todo momento del procedimiento que habrá de emplear para entregar el cuarto de millón.

—Pero es que no... Bien, quiero decir que no pienso acceder a las pretensiones de ese chantajista...

—En eso estamos de acuerdo, señorita Ewiston.

Hennis se dirigió hacia la puerta, dando por terminada la entrevista. Pero, de pronto, recordó algo y se volvió hacia ella.

—¿Qué tal la excursión en el yate de su prometido?

Magde parpadeó.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó.

—Lo escuché sin querer el otro día, cuando me marchaba. Pero si le molesta mi pregunta...

—En absoluto. Es un yate precioso, pero no pudimos embarcar.

—Vaya, lo siento de veras.

—Estaban ajustando los motores. El capitán dijo que valía más esperar unos cuantos días. De modo que nos volvimos y... cenamos en un parador de carretera.

—Su prometido es todo un hombre —sonrió Hennis—. Hasta la vista.

—Adiós.

Hennis subió a su coche. A los cinco minutos, se dio cuenta de que era seguido.

Para confirmar sus sospechas, hizo algunas maniobras, que fueron imitadas puntualmente por el coche perseguidor. De repente, al doblar una curva, vio un camino secundario, flanqueado por espesa vegetación, y se metió sin dudar, con gran chirrido de neumáticos.

El coche perseguidor pasó instantes después, a gran velocidad. Entonces, Hennis maniobró y puso su automóvil en disposición de salir de nuevo a la carretera.

Un minuto después, oyó el rugido del motor del otro coche. Entonces, arrancó con tremendo ímpetu.

El conductor del coche perseguidor vio de repente un automóvil que salía a la carretera, con inminente riesgo de colisión. El instinto le hizo golpear el volante hacia su derecha.

Había un espeso seto y un largo terraplén herboso. El automóvil perseguidor atravesó el seto como un proyectil y descendió por el terraplén, dando saltos que parecían de canguro. Al fin, se detuvo en el centro de un prado, medio volcado en una zanja.

Dos hombres salieron tambaleándose de su interior. Hennis, que se había apeado, se quitó el sombrero y saludó burlonamente. Luego, con toda tranquilidad, volvió a su automóvil y continuó su camino sin preocupaciones.

* * *

Al día siguiente, por la mañana, llamó a la oficina de Steele.

—Soy Murphy —dijo, usando el nombre que había escrito en el cuestionario—. Mi solicitud es auténtica, señor Steele.

—Se ha equivocado —dijo el sujeto.

—Estoy dispuesto a invertir diez mil en el negocio. Ya le llamaré en otro momento. Adiós.

El resto del día, Hennis lo pasó entregado a una curiosa labor. Madge le llamó en una ocasión y le preguntó por la figurilla. Hennis contestó que la había encargado a la fábrica y que estaba esperando a que se la enviaran.

—Cuando la tenga, iremos a ver a Nadia Hardon.

Siguió con su tarea. Veinticuatro horas más tarde, volvió a llamar a Steele.

—Tal vez me quedé un poco corto —dijo—. ¿Doce?

Hubo un instante de silencio.

Luego, Steele contestó:

—Deme veinticuatro horas de tiempo para pensármelo, por favor.

—No faltaría más.

Diez minutos más tarde, llamó Bobbie.

—El jefe ha salido. ¿Cuándo, querido?

Hennis sonrió.

—A las siete en punto, en el Duke. ¿Te parece bien? Los reservados son muy elegantes...

—O. K. Pero todavía no sé tu nombre, porque ni siquiera lo leí en el cuestionario.

—Lo sabrás a la tarde, preciosa.

Hennis colgó el teléfono. De pronto, notó que se abría la puerta.

Lentamente, se puso en pie. Aunque no le gustaba, en los últimos tiempos, llevaba sobre sí un revólver ele cañón corto y calibre 38. Pero lo que entró a través de la rendija fue un objeto ovalado, de color negro que rodó lentamente hasta quedar en el centro de la estancia.

Hennis reaccionó velozmente. Saltó hacia la bomba, la agarró con la mano y abrió la puerta.

Un hombre huía a lo largo del corredor.

—¡Eh! —llamó Hennis.

El individuo se volvió. Un chillido de terror brotó de sus labios al ver que la bomba volaba por los aires hacia él.

Hennis retrocedió de un salto. En el mismo instante, se produjo la explosión.

Instantes después, Hennis se asomó al corredor, como muchos de los inquilinos de la planta. Una mujer vio aquel horrible espectáculo, chilló agudamente y se desmayó.

El olor del explosivo flotaba en la atmósfera. Hennis no quiso mirar por segunda vez los sangrientos despojos del asesino.

* * *

La blusa que llevaba puesta la secretaria era aún más ceñida que el *pullover*. En cuanto a la falda, parecía un tubo de color rojo fuego, ajustado desde la cintura a la mitad de los muslos. A Hennis le pareció imposible que Bobbie pudiera caminar.

Antes de que pudiera decir nada, ella se sentó sobre sus rodillas.

—Dime tu nombre, guapo —pidió.

—Val.

—¿Val... de Valerio o de Valentín?

—No te preocupes del resto. Bobbie, los botones de tu blusa deben de estar muy bien cosido. Hay que ver la forma en que resisten la presión... de lo que hay debajo.

Ella lanzó una fuerte carcajada.

—No es gran cosa —dijo, con falsa modestia—. Pero empiezo a sospechar algo de ti.

—¿De veras?

—Me diste cincuenta «pavos». Eso no lo hace un policía ni un cliente que viene a pedir pasta a Steele. Jamás me habían dado una propina, aparte de que yo no puedo influir para nada en los préstamos.

—Sí, ya me imagino. De todos modos, quiero que me digas una cuantas cosas, Bobbie.

—Me pides que traicione a mi jefe —contestó ella, mimosa.

—Cuando termines, habrá otros cincuenta, nena.

—Ya no quiero más dinero —dijo Bobbie, poniendo los labios en hociquito—. Lo que quiero es...

—Calma, calma, todo llegará. —«Esta chica es un crisol lleno de acero fundido», pensó Hennis—. Dime, ¿conoces al tipo que salió cuando yo esperaba a ser recibido por tu jefe?

—¿Salmson? Es guapo, elegante, distinguido..., pero le debe un saco a mi jefe.

—Vaya, tenía entendido que era millonario —dijo Hennis, fingiendo asombro.

—No lo sé, puede que lo sea... o que vaya a serlo. Hace algún tiempo, me invitó a cenar y salí con él. Me confesó que estaba aguardando una importantísima herencia, pero que había un pleito que lo complicaba todo... Eso pasa a veces, ¿no?

—Sí, suele ocurrir en ocasiones. ¿Qué más?

—Tengo la impresión de que quería conquistarme para que yo influyese al jefe, pero le di a entender bien claro que no había nada que hacer en este aspecto. Lo mismo que tú, si piensas pedirle pasta.

—No la pediré, descuida. ¿Qué más te dijo Salmson?

—¡Oh!, poca cosa ya. Además, perdí el tiempo.

—¿Cómo?

—En cuanto se dio cuenta de que no conseguiría nada, se puso a mirar a... —Bobbie se sonrojó—. Val, hay cosas a las que me cuesta acostumbrarme. Salmson no miraba a otra mujer. ¿Entiendes? Juraría que es... de «ésos»...

—Vaya, quién lo dijera. —Hennis juzgó prudente ocultar a la secretaria la existencia de Madge Ewiston y su compromiso con

Salmson—. A decir verdad, no lo parece.

—En este mundo, hay muchos que no son lo que parecen y viceversa.

—Filósofa estás, Bobbie.

—Soy joven, pero ya he vivido lo mío. Bien, creo que ya hemos hablado bastante...

—Aguarda un segundo. Quiero hablarte de unos tipos... Quizá los hayas visto en el despacho de tu jefe. —Hennis hizo una descripción de Dogo Cleugh y John Dillon—. ¿Qué me dices? —preguntó al terminar.

Bobbie meditó unos segundos. Luego meneó la cabeza.

—No, no los he visto jamás —respondió al cabo.

«Era muy posible, en efecto, que Steele no recibiera en su despacho a unos asesinos profesionales», pensó Hennis.

De pronto, Bobbie le mordió una oreja.

—Val, los botones de la blusa —suspiró.

—¿Qué sucede?

—Son fuertes, pero... pueden dejar de ser un estorbo.

—Vamos a comprobarlo, preciosa.

Hennis regresó a su casa un par de horas más tarde. Apenas había entrado, sonó el teléfono.

—Señor Hennis, la señorita Roxlane está en su departamento. Esta noche no saldrá de casa.

Hennis se sentía un tanto fatigado, pero decidió que no convenía posponer la entrevista con Jayne Roxlane ni un segundo más de lo necesario.

CAPÍTULO VI

La ocupante del lujoso apartamento era una mujer de unos veintiocho años, alta, con las formas de una diosa nórdica, pero, también, con los ojos tan fríos como un iceberg. Jayne Roxlane contempló unos instantes la tarjeta de visita que acababa de recibir y luego miró al visitante.

—Está bien, puede hablar, señor Hennis —dijo con frialdad.

—Se trata del señor Von Hartzow...

—No he conocido nunca a ese caballero.

—Entonces, tal vez ha conocido a Dino Silveri, Pierre Deschamps, Romain Schalfff...

Al pronunciar el último nombre, Hennis apreció una leve contracción en el hermoso, pero duro rostro de Jayne.

—Usted era la secretaria de Schalfff, de Zurich —afirmó.

—Bien, admitámoslo. Pero él ha muerto y yo me quedé sin trabajo —declaró Jayne.

Hennis hizo un amplio ademán con el brazo.

—Esto cuesta mucho dinero. ¿Paga usted el alquiler con el subsidio del paro?

—Señor Hennis, mis asuntos personales no le interesan en absoluto.

—Vamos a ser francos, señorita Roxlane. Usted era la secretaria de Schalfff. Éste murió asesinado, lo mismo que cinco hombres más, en distintas ciudades de Europa. Como secretaria, disponía de la cuenta corriente de Schalfff. Resulta un tanto extraño que un hombre que reside a miles de kilómetros de Nueva York, confíe a su secretaria una cuenta corriente que, posiblemente, ascienda a unos cuantos millones. Pero es cierto.

El rostro de Jayne pareció ablandarse un tanto.

—Sí, lo admito —contestó—. Yo era su secretaria y disponía de su cuenta corriente, pero bajo ciertas condiciones.

—¿Por ejemplo?

—Una autorización suya, que me enviaba por correo aéreo, para cantidades superiores a los cien mil dólares y siempre con intervalo superior a las dos semanas.

—Voy entendiendo. Si la suma era inferior a los cien mil, usted podía extraer cuanto quisiera.

—Desde luego, pero no lo hacía, a menos que él me telefonease desde Zurich. El Banco le habría informado de inmediato.

—¿Cuánto había en la cuenta?

—Casi dos millones.

—¿Qué negocios eran los de Schalff?

—No lo sé, nunca lo supe. Mensualmente, yo extraía, del Banco dos mil quinientos dólares, que eran mi sueldo. Cuando debía pagar alguna cuenta, de gran volumen, Schalff me enviaba una carta, con una dirección. Yo llenaba el cheque y lo enviaba a esa dirección, pero jamás habló de mercancía alguna.

—Siga, esto es muy interesante.

—Nada más, ya le he dicho todo, señor Hennis.

El visitante estudió críticamente a la hermosa mujer que tenía ante sí. Jayne le había ocultado algo, no cabía la menor duda.

—Usted se enteró de la muerte de Schalff y extrajo grandes sumas de dinero. Hizo varios viajes al Banco y extendió sucesivamente cheques por cantidades inferiores, pero muy próximas a los cien mil dólares. El Banco, lógicamente, no le puso ninguna objeción. Es probable que aún no conociesen la muerte de Schalff. ¿Me equivoco?

Jayne hizo un gesto de asentimiento.

—Así es, pero ¿quién va a reclamar ese dinero? Se trataba de negocios nada limpios —contestó—. No sé en qué consistían, pero nadie puede acusarme de complicidad. Por otra parte, las cartas del Banco iban dirigidas a un apartado postal de Zurich. Alguien tardará mucho en recogerlas. Y yo siempre podré presentar la autorización de Schalff para operar en su cuenta corriente.

—¿Guarda las cartas que él le dirigió desde Zurich, ordenando pagos a ciertas personas?

—No. Tenía orden de quemarlas, apenas hubiese enviado el

cheque. Y lo hice, puede creerme.

—Sigamos. ¿Cuánto dinero se apropió usted?

Jayne sonrió levemente.

—Bastante más de millón y medio. —Se encogió de hombros—. ¿Qué quiere? Era la ocasión de mi vida. Del Chase Manhattan traspasé el dinero a dos cuentas, en el First National y en Wells & Fargo. Lo siento, pero no pude resistir la tentación. Además, era dinero ganado ilegítimamente. No siento el menor remordimiento, créame.

—Pero sí siente miedo —dijo Hennis.

—¿Me va a denunciar a la Policía? No podrían hacerme nada; si bien he destruido toda la correspondencia, conservo, en cambio, las autorizaciones de Schalff. Puedo alegar que, por teléfono y poco antes de morir, me ordenó hacer las transferencias bancarias. Nadie puede contradecirme, se lo aseguro.

—El miedo a que yo me refiero es al tipo que le ha pedido un cuarto de millón, bajo amenazas de muerte.

—¡Oh!, no le temo en absoluto. Ya le he pagado.

Hennis se quedó sin respiración.

—No hablará en serio —dijo.

—Estuve pensándolo mucho tiempo —manifestó Jayne—. Al final, me pareció más prudente perder un poco de dinero, que no el pellejo. Reuní los billetes, los dejé en el sitio que me indicó... y eso es todo.

—¿Hace mucho tiempo?

—Una semana escasa.

—Señorita, le conviene saber que un chantajista, cuando la víctima cede, continúa extorsionándola. Ese hombre vendrá a pedirle más dinero...

Jayne sonrió desdeñosamente.

—Puede, pero estaré preparada —declaró.

—¿Cómo?

—¡Ah!, ése es mi secreto y no pienso decírselo. ¿Algo más?

Hennis se puso en pie.

—¿Sabe usted que hay cinco mujeres en su mismo caso? —dijo.

Jayne se encogió de hombros.

—Me lo dijo el chantajista, pero no siento el menor interés hacia unas personas a las que no conozco ni he visto en mi vida. Mi

problema está resuelto; que resuelvan ellas el suyo —contestó fríamente.

Aquella mujer, pensó Hennis, o era una inconsciente o su cinismo alcanzaba cotas difícilmente superables.

—Dice que habló con el chantajista...

—No, envió un mensaje escrito, con seis fotocopias de recortes de periódicos. Naturalmente, no mencionaba a las otras secretarias.

—Gracias, señorita Roxlane. Si le sucediera algo, no dude en avisarme.

—Tengo la sensación de que no le voy a necesitar para nada.

Hennis salió de la casa, con la impresión de haber hablado con una mujer de espíritu duro, frío y despiadado. De repente, pensó que casi debía compadecer al chantajista, si volvía a apretar a Jayne.

* * *

Al día siguiente, por la mañana, sobre las diez, Val fue recibido por un impecable mayordomo.

—La señorita le atenderá en seguida, señor Hennis.

—Muchas gracias.

Madge bajó del piso superior a los pocos minutos, ataviada con una sencilla chaqueta de hilo blanco y pantalones del mismo color.

—Ha encontrado la figurilla, me imagino —exclamó, al ver el paquete que Hennis había dejado sobre una consola.

—Sí, conseguí una igual en la fábrica.

—Entonces, no me queda otra solución que llevársela a Nadia Herdon.

—Iremos juntos, si no tiene inconveniente, señorita Ewiston.

Madge pareció sorprenderse de la demanda.

—Bien, si lo cree conveniente...

—Usted ha sido amenazada. Quedan ya sólo tres días para entregar el dinero. Es posible que Nadia sepa algo acerca de este asunto.

—Muy bien; avisaré que saquen el coche...

—Por favor, será mejor que viajemos en el mío.

—Como quiera.

—Magde llamó al mayordomo y le dijo que estaría fuera hasta la

hora de la cena.

—Si viene el señor Salmson, prepare dos cubiertos —añadió.

—Sí, señorita.

Momentos después, Hennis ponía el automóvil en marcha.

—¿Ama de veras al señor Salmson? —preguntó súbitamente.

Madge pareció indignarse.

—Señor Hennis, no le he contratado para que se entrometa en asuntos íntimos, que no tienen nada que ver con este caso —respondió acremente.

—Lo siento, no quise ofenderla. Pero debe comprender que mi profesión me impone una total discreción en todo lo referente a mis clientes. Y me extraña mucho que el señor Salmson no haya tratado de ayudarla.

—Es que no le he dicho nada —confesó Madge.

—¡Ah!; comprendo. ¿Hace mucho que le conoce?

—Seis meses, aproximadamente. Le amo y voy a casarme con él, apenas haya resuelto un complicado litigio que le impide entrar en posesión de su herencia.

—Muy lógico.

—Es todo un caballero. Por supuesto, tiene fortuna propia... y si piensa que es un cazadotes, se equivoca de medio a medio. Jamás me ha pedido dinero. ¿No vio usted el coche que tiene? Yo he estado a bordo de su yate... ¿Acaso piensa que es un estafador?

—¡Dios me libre!

—Señor Hennis, si quiere contar con mi aprecio, no vuelva a hablarme de mi prometido, al menos, en la forma que lo ha intentado.

—Le presento mis más sinceras disculpas, señorita Ewiston.

Hennis guardó silencio unos minutos. Madge, saltaba a la vista, estaba muy nerviosa. Buena parte de sus declaraciones, si no una mentira total, no eran verídicas en algún grado.

Pero, de momento, no convenía que supiera que Salmson había visitado a un hombre que tenía una agencia de asesinos profesionales.

—A veces, es verdad, le encuentro un poco esquivo —dijo Madge de pronto.

—¿En qué sentido, por favor?

—Bueno, a una chica que se va a casar... siempre le gustan las

efusiones de su prometido. Besos y además, ¿comprende?

—¿Y él no...?

—No siempre, pero... es que me respeta. Es todo un caballero: no quiere que... que pase nada hasta que seamos marido y mujer.

«Ya, un caballero», pensó Hennis, tratando de ocultar una sonrisa irónica. Y, además, la respeta. Pobre chica, vive en la luna con respecto a ese sinvergüenza cazadotes. Lo peor de todo será el desengaño que recibirá la noche de bodas.

Pero la boda parecía aún lejana. Ya habría tiempo de evitar que una chica tan atractiva sufriese una desilusión que, acaso podría traumatizarla para muchos años.

* * *

La casa donde residía Nadia Hardon estaba en una zona aislada relativamente. Había más residencias campestres, pero la separación entre unas y otras no bajaba de los mil metros en ningún caso.

—Un lugar paradisíaco —calificó Madge, dos horas más tarde.

—Hermoso de veras —convino Hennis.

La casa estaba rodeada de una alta tapia, con una verja de hierro en la entrada. La verja aparecía abierta.

Al fondo, se veía un edificio moderno, de una sola planta, en forma de «I». Naturalmente, disponía de una extensa piscina, desierta en aquellos instantes.

—Se ve que la profesión de secretaria de cierto tipo daba para estos lujos —comentó Hennis cáusticamente.

Momentos después, llegaba a la casa. La puerta era de madera, con gruesos cuarterones. Cuando se disponía a tocar el timbre, alguien abrió.

—Entren, por favor —dijo el sujeto, con la sonrisa en los labios.

Madge lanzó un grito, al ver la pistola que empuñaba el desconocido.

—No tema, el caballero no quiere hacernos el menor daño —dijo Hennis—. ¿Me equivoco?

Otro hombre surgió al fondo del amplio salón.

—¿Traen la porcelana? —preguntó.

Hennis alzó el paquete con ambas manos.

—Sí, aquí está. Pero me gustaría hablar con la señorita Hardon.

—No se preocupe por ella. Ray, coge el paquete. Yo me ocuparé de la pareja.

—Está bien, Luther.

El segundo de los desconocidos sacó un revólver y empezó a atornillarle un silenciador. Hennis adivinó sus intenciones en el acto.

Todavía tenía en las manos el paquete con la figurilla. De súbito, estiró el pie derecho y golpeó brutalmente la cadera de Madge.

Ella cayó, gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Simultáneamente, Hennis abatía el paquete sobre la cabeza del pistolero que tenía a su lado.

El hombre se tambaleó, gruñendo furiosamente. Hennis volvió a golpearle. Se oyó ruido de porcelana rota.

Luther maldijo obscenamente. Alargó el brazo y apuntó con el revólver hacia Hennis. En el mismo instante, Hennis dio un salto lateral y situó al otro pistolero como parapeto.

—¡No, Luther! —chilló Ray frenéticamente.

Era ya tarde. El ruido de la bala al penetrar en el cuerpo resultó casi más fuerte que el mismo disparo.

Ray se tambaleó horriblemente. Luther se quedó desconcertado durante unos segundos, lo que aprovechó Hennis para apoderarse de la pistola del herido. Pero entonces Luther se dio cuenta de que podía estar en desventaja y, como si se sintiera atacado repentinamente por el pánico, dio media vuelta y escapó a la carrera.

Hennis soltó al pistolero, que rodó por el suelo. Luego corrió hacia la entrada.

Segundos más tarde, un coche pasó rugiendo a toda velocidad. Hennis apuntó con la pistola, pero se dio cuenta de que era un blanco muy difícil y no intentó siquiera hacer un solo disparo.

Regresó al interior. El coche de los pistoleros había estado en la trasera de la casa, oculto a las vistas. Aquella lógica precaución había permitido la escapatoria del superviviente.

Madge estaba todavía medio tendida en el suelo, terriblemente pálida, con los ojos desorbitados por el terror. Pero no había sufrido ninguna herida, por lo que Hennis se arrodilló junto al pistolero.

Ray agonizaba, aunque todavía conservaba la consciencia.

—¿Puedes hablar? —preguntó Hennis.

—Sí. Ese idiota de Luther...

—Broxley, no sé más.

CAPÍTULO VII

Hennis arqueó las cejas.

—¿Es posible que no puedas decirme siquiera dónde vive Broxley? —Se asomó.

—El... tampoco sabía dónde vivo yo. Sólo nos veíamos, cuando nos indicaban que debíamos reunirnos... en algún lugar y a una hora determinada... Después, nos separábamos...

—¡Ah!; os ordenaban reuniros.

—Sí.

—¿Quién?

—Nunca le vi... Me llamaba por teléfono... A veces me decía que debía esperar un poco; era para confirmar que también había llamado a Luther. Entonces nos decía la hora y el lugar en que debíamos reunirnos. Pero yo nunca... sabía nada, hasta que me lo decía Luther.

—Eso significa que el que te llamaba no era Broxley, en tal caso, ¿qué nombre daba?

—Jim... Sentinel...

—Un apodo —gruñó Hennis.

El herido apoyó la cabeza en el suelo.

—Esto... se acaba...

—¿Dónde está la dueña de la casa?

—Adentro... en el sótano...

Hennis empezó a temer lo peor con respecto a Nadia Hardon.

—Apuesto algo a que le habéis preguntado de qué Banco es la llave que contiene la escultura —dijo.

—Sí.

—Bien, habla, ¿cuál es el Banco?

—Es el...

Ray calló.

—¡Espera! —gritó Hennis.

Pero, de pronto, se dio cuenta de que había dicho una estupidez.

—La muerte no espera; llega a su hora —dijo sombríamente, a la vez que se ponía en pie.

Madge se había sentado en una butaca y permanecía como aturdida, ajena a cuanto sucedía a su alrededor. Hennis buscó con la vista y encontró una mesita, con servicio de licores.

Instantes después, le entregaba una copa.

—Procure reaccionar —dijo.

Ella dirigió una mirada opaca.

—Nunca... me había visto en un trance semejante...

—No se vaya a creer que esto me pasa a mí cada día —contestó él, tratando de animarla—. Bien, si espera un momento, voy a ver si hablo con Nadia Hardon.

Madge se puso en pie de un salto.

—¡No me deje sola! —chilló.

Hennis asintió. Ella echó a andar, pero cojeaba ligeramente. Con la mano izquierda, se frotaba la cadera.

—Cocea duro —se quejó, mordaz.

—Le salvé la vida —contestó el simplemente.

—Podía haberme gritado...

—Usted no hubiera reaccionado con la rapidez necesaria. Piense bien en lo ocurrido y reconózcalo honestamente. Y no crea que lo hago por ufanarme, sino porque es la realidad... y porque yo también he pasado un miedo espantoso.

—No me diga —se asombró ella.

—La suerte que tuvimos fue que Broxley perdiera un tiempo precioso en poner el silenciador a su pistola. De otro modo, no estaríamos vivos, ahora.

—Entonces, nos trajeron aquí para asesinarlos.

—Indudablemente.

—Eso significa que Nadia nos tendió una trampa. ¿Por la llave de su caja de depósitos?

Hennis no contestó. Había encontrado la puerta que daba al sótano y ponía ya el pie en el primer peldaño.

El sótano estaba iluminado por dos lámparas que pendían del techo. Había algunos muebles fuera de uso, una estantería con

botellas y...

Madge vio aquel horrible espectáculo, chilló agudamente y se desmayó.

Hennis apretó fuertemente las mandíbulas. Era ya inútil hacer cualquier pregunta a Nadia Hardon. Por supuesto, ella no era la autora de la encerrona.

* * *

Mientras el coche rodaba, en el viaje de vuelta, Madge tenía la cara tapada con las manos.

—Jamás, jamás olvidaré ese horrible espectáculo, por muchos años que viva —dijo.

Hennis asintió. Lo que habían encontrado en el sótano era algo realmente difícil de olvidar.

Nadia había sido torturada con un sadismo inconcebible. Sus verdugos la habían colgado de un gancho del techo, suspendiéndola por las muñecas. Presumiblemente, la habían quitado después todas las prendas de vestir. Sobre su blanca piel se veían numerosas marcas hechas con cigarrillos encendidos. Pero parte de aquella piel pendía en horribles colgajos sanguinolentos y hasta en los pies había señales de quemaduras, hechas con el fuego de unas astillas, que ya sólo eran cenizas cuando ellos habían descendido al sótano.

Tal vez Nadia había sido una mujer fuerte, pero, al fin, el dolor debía de haberla vencido, porque había acabado por declarar el nombre del Banco donde tenía una caja de depósito en alquiler. Pero, sin la llave, sus asesinos no podían hacer nada.

Lo peor era que quizá vigilasen sus pasos. Si llegaba a conocer el nombre del Banco...

A las cinco de la tarde, Hennis detenía el coche frente a la mansión donde residía Madge.

—Le aconsejo que tome un sedante y se meta en la cama —dijo. Ella le miró profundamente.

—Deseo hablar con usted —manifestó—. Tengo que contarle algo muy importante. Es... puramente personal...

—Eso puede aguardar. Haga lo que le he dicho. Y si alguien le pregunta por la llave del Banco, diga que la tengo yo.

Madge asintió.

—Si ve que se va a encontrar mejor, no tome el sedante hasta la noche —rectificó Hennis en parte su consejo—. Su futuro vendrá a cenar y convendría que la viese con su aspecto normal.

—Me costará mucho.

—Inténtelo. Mañana llamaré por teléfono. Adiós.

Hennis regresó a su casa. Lo primero que hizo fue usar el teléfono para localizar a El Sapo. Al fin, después de varias llamadas, consiguió oír su voz.

—Cien «pavos» —dijo, sin más preámbulos.

—¿Quién es el tipo, Val?

—Luther Broxley.

—Lo conozco. Cuidado, Val.

—Sí, me lo imagino. Dame su dirección.

—La averiguaré. ¿Cuándo puedo llamarte?

—Dejaré conectado permanentemente la grabadora del teléfono. Otra cosa. ¿Has oído hablar alguna vez de un tal Jim Sentinel?

—Vaya un apellido —comentó El Sapo—. No, no sé quién es.

—Bien, de todos modos, por el momento me interesa Broxley. Recuerda, son cien «pavos».

A continuación, Hennis se dispuso a llamar a Steele, pero se contuvo, pensando en que quizá ya no estaría en su oficina. Además, si el sujeto accedía, no podía darle su número de teléfono.

Un cuarto de hora más tarde, estaba ante la taquilla del cine del que Sally Carson era taquillera. La joven le guiñó un ojo al entregarle el «*ticket*» de acceso al local.

—Quiero tu teléfono —bisbiseó él.

Sally arqueó las cejas. Tomó un trozo de cartulina y escribió rápidamente unas cifras.

—Ven a verme esta noche —solicitó, ansiosa.

—Estaré en tu casa a partir de las once de la mañana. Todo el día, probablemente.

Los ojos de Sally brillaron de un modo especial.

—Magnífico. Anda, lárgate, vienen clientes.

Hennis fue a cenar. Al regresar a su casa, puso en marcha la grabadora.

El Sapo se había movido velozmente. Hennis conocía ya el domicilio de Broxley.

Sin embargo, después de reflexionar un poco, prefirió posponer

la visita al asesino. Era preciso, antes, conocer la respuesta de Steele a sus pretensiones.

* * *

Por la mañana, poco después de las nueve, llamó a Steele:

—Soy Murphy. ¿Se lo ha pensado bien?

—Óigame, ¿quién le dijo que yo podría proporcionarle... lo que necesita?

—Cuando uno está necesitado de algo, lo busca. Bien, subí la oferta hasta los doce. ¿Qué me contesta?

—Deme su número de teléfono. Luego le llamaré alguien. El le dirá si acepto o no y las condiciones.

—O. K.

Media hora más tarde, Hennis llamaba a la puerta del piso de Sally. La chica abrió, vestida con una bata y los ojos cargados de sueño.

—Has venido antes de lo que dijiste, Val.

—¿Te molesta?

Ella se colgó de su cuello.

—Me encanta —dijo.

Hennis la besó. Luego deshizo el abrazo, hizo girar a la chica y le dio un fuerte azote en las posaderas.

—Tienes las carnes duras. Anda al baño, yo prepararé el café.

Sally lanzó una risita. Hennis fue a la cocina y puso la cafetera al fuego. Al cabo de unos minutos, se asomó al baño. La chica estaba en la bañera, envuelta en espuma.

—Hay sitio para los dos, cariño —rió, maliciosa.

—Lo siento, no puedo. Sally, estoy aguardando una llamada telefónica. No quiero que contestes tú bajo ningún concepto. El que llama no debe saber que aquí vive una mujer. ¿Entendido?

—Si lo prefieres así...

—Desde luego. ¿Cuántos huevos para el desayuno desea la señora?

—Nada de huevos ni tocino; quiero conservar la línea. Jugo de naranja, una tostada sin mantequilla y una taza de café con media cucharada de azúcar.

—Como soy nuevo en la servidumbre, ruego a la señora me

dispense este pequeño fallo, que no volveré a cometer. Con el permiso de la señora...

—Oye, hablas como los mayordomos de cine —rió Sally.

Más tarde, apareció en la salita, vestida con una bata afelpada, muy corta y no demasiado ajustada al cuerpo. Se sentó frente a Hennis y le miró fijamente.

—Bien, y ahora, cuéntame lo que le pasa.

—Estoy tratando de contratar un asesinato —dijo Hennis muy serio.

Sally dio un bote en la silla.

—¡Val! Tú no hablas en serio —exclamó.

—Lo que quería decirte es que ando detrás de una agencia dedicada a eliminar a la gente por dinero. Que es lo que le pasó a mi socio.

—Comprendo. Tú vas a fingir que...

—Exactamente, preciosa.

—Pero eso puede resultar muy peligroso Val.

Los ojos del joven se endurecieron.

—Lo sé. Hace pocos días, trataron de liquidarme. Ayer vi a una mujer muerta del modo más horrible que te puedas imaginar. Alguna vez habrás oído decir de alguien a quien le quitaron la piel a tiras, pero era una frase hecha y no la realidad, como vi yo.

Sally se puso una mano en la boca.

—Val, no me digas que...

—Sí, aunque no toda, le arrancaron parte de la piel, aparte de quemarle los pies y otras partes del cuerpo. Por mucho que intentes imaginártelo, no puedes tener siquiera una idea de cómo quedó esa desgraciada.

—Es horrible —musitó la chica—. ¿Cómo hay en este mundo gente tan despiadada, Val?

—El dinero, Sally, no le des más vueltas.

De repente, sonó el teléfono. Hennis se puso el índice en los labios.

Sally asintió. El joven se puso en pie, cruzó la salita y se acercó a una consola, en donde se hallaba el teléfono.

—¿Murphy? —dijo alguien.

—Sí —contestó Hennis, con un pañuelo prudentemente colocado sobre el micrófono, a fin de disfrazar la voz.

—Me han hablado de usted. Parece que tiene ciertos problemas.

—Así es, señor...

—Sentinel, Jim Sentinel. Nosotros podemos solucionarles esos problemas por la cifra que ha mencionado.

—Bien, en tal caso, dígame qué debo hacer.

—Ponga los billetes en un paquete envuelto en papel fuerte y atado con una cinta azul, de dos centímetros de ancho. Dentro del paquete estará el nombre y la dirección de la persona que le causa esos problemas. El paquete deberá ser dejado en la ventana del tercer cubículo, en los lavabos del

Hendrick's,

calle Ochenta Oeste, doscientos veinticinco. ¿Lo ha entendido bien?

—Sí, pero sólo dejaré la mitad de la cifra mencionada. ¿Cómo sé yo que no se quedarán el dinero y que mis problemas... continuarán?

—Sus problemas estarán resueltos a partir del momento en que deje el dinero en el lugar indicado. Todo el dinero, nada de mitad ni una parte. O no habrá trato.

Hennis asintió. Puesto que no pensaba pagar doce mil dólares, había sugerido la entrega a cuenta de la mitad de la cifra, a fin de hacer ver a Sentinel una cierta desconfianza. Ceder desde el principio podía parecerle al sujeto demasiado fácil.

—Está bien, si no hay otro remedio...

—Nuestros tratos son siempre de esta forma, señor Murphy. Ah, la entrega del dinero será mañana, a las seis en punto de la tarde. ¿Entendido?

—Conforme.

Sentinel colgó el teléfono. De pronto, oyó un chasquido.

—¡Maldita sea! —exclamó Sally.

Hennis se volvió hacia la chica.

—¿Qué te pasa? —preguntó, al verla inclinada hacia el suelo.

Sally se irguió y enseñó algo en lo alto de la mano.

—El reloj —contestó—. Se me ha caído, el cristal está roto y...

—Se lo acercó al oído—. Es viejo, pero le tengo cariño. —Lanzó un suspiro—. Menos mal que el viejo Floyd tiene la tienda casi frente al cine. Se lo llevaré cuando vayas a trabajar.

—¿Floyd, el relojero?

—Sí, el mismo. ¿Lo conoces?

—Casi vio asesinar a Shannon. Incluso me entregó una libreta que mi socio había dejado caer en la tienda, sin darse cuenta.

—Es un tipo muy simpático y amable. La gente le aprecia mucho en el barrio.

—Sí, me lo imagino. Bien, guapa, la estancia aquí ha terminado. Gracias por todo.

—Lástima que no puedas quedarte todo el día, como prometiste...

—No pensé que me llamasen tan pronto. —Hennis se inclinó hacia Sally y la besó en una mejilla—. Pero en cuanto me haya desahogado un poco, vendré a pasarme contigo todo un día y la noche.

Sally le guiñó un ojo.

—Cuídate, Val —aconsejó.

CAPÍTULO VIII

Antes de salir de la casa, Hennis estudió cuidadosamente el panorama. No quería que le siguieran, pero, sobre todo, lo que le hubiese gustado aun menos era que relacionasen a Sally con él. La gente que había asesinado a Shannon era ferozmente despiadada. No sentía el menor deseo de que la chica sufriese algún contratiempo por su parte.

A las doce, se hallaba en una elegante cafetería, situada frente a un enorme edificio de oficinas comerciales. Ejecutivos y secretarias solían acudir al local, para tomar el almuerzo.

Hennis no tuvo que esperar demasiado al hombre con quien deseaba hablar Jay Middlestone llegó cinco minutos después de las doce y acudió a la mesa en la que se hallaba el joven.

—Te la he reservado. Encarga el menú, yo te invito —dijo Hennis.

Middlestone le dirigió una mirada socarrona.

—Agradezco la invitación —contestó. Vino el camarero, le encargó el almuerzo y luego se volvió hacia su amigo—. ¿Cómo debo pagártelo, Val?

Hennis extrajo una llave del bolsillo.

—Quizá tú puedas decirme qué cerradura abre —indicó.

Middlestone tomó la llave y la examinó atentamente.

—Por supuesto, no es tuya —dijo.

—Como tú no vas a abrir la caja, no cometerás delito, Jay. Pero, por tu profesión, es raro el Banco en que no has tenido una caja de depósitos para tus clientes.

A veces, ellos no quieren que se sepa... en fin, tú ya me comprendes, ¿verdad?

—Demasiado bien —rió Middlestone—. Pertenece a la sucursal

de la calle Ciento Uno Oeste, del *Trust Guarantee*. Pueden causarte problemas, si no has estado allí nunca.

—Creo que resolveré ese conflicto. Bien, ¿nos dedicamos al almuerzo?

El camarero servía ya los platos. Después de quedarse solos, Middlestone dijo:

—Me gustaría saber qué te ocurre, Val.

—Muchacho, yo no te pregunto a ti por tus relaciones con la clientela, así que tú debes hacer lo mismo conmigo. Me conoces bien; de lo contrario, no me habrías dado los informes que necesito.

—Sí, eso es cierto.

Hennis consultó el reloj.

—Si ella se da prisa, puede que tengamos tiempo de ir al Banco antes de que cierren —murmuró. Agitó la mano y llamó al camarero—: Teléfono, por favor.

—Sí, señor, al momento.

Un minuto más tarde, estaba hablando con Madge:

—La necesito con urgencia. Vista discretamente y póngase gafas de color. Dígale a su chófer que la deje en la calle Ciento Uno Oeste, a la altura del número trescientos cuarenta.

—Está bien —contestó la joven.

* * *

Madge se había puesto un traje gris, con un collar de perlas de una sola vuelta en torno a la esbelta garganta. El bolso y los zapatos eran costosos, de piel de serpiente auténtica. Hennis, complacido, observó que ella sabía vestir. «Una mujer de clase», pensó.

—No creo que le digan nada. En todo caso, usted es hermana de Nadia Hardon. Pero podría pasar perfectamente por ella.

—No me lo recuerde. Apenas he podido dormir —contestó, mientras se disponían a cruzar el umbral del Banco.

—¿Notó algo su prometido?

—Me vio con mala cara, pero le dije que era un poco de jaqueca. Señor Hennis, voy a casarme con Genne. No me gusta ocultarle nada...

—Usted empezó, cuando no le mencionó siquiera el chantaje, así que, por ahora, continuaremos de la misma forma. —Hennis paró a

un empleado—. ¿La sección de cajas de alquiler, por favor?

—Allí, a la derecha, señor.

—Muchas gracias.

Hennis pasó con disimulo la llave a la muchacha.

—No vamos a llevarnos nada —musitó—. Aparte de que no nos pertenece, lo que me interesa es echar un vistazo a su contenido.

—En tal caso, ¿por qué me ha llamado? Usted podía haberlo hecho perfectamente, sin mi ayuda...

—En anteriores ocasiones, han visto a una mujer, más o menos parecida a usted. Les extrañaría mucho si vieran a un hombre.

—Sí, comprendo.

—En el libro que hay a la entrada, firme N. Hardon. «N» de Norma, su hermana, en todo caso. ¿Ha comprendido?

—Desde luego. —Ya estaban a la entrada del departamento de cajas de seguridad—. Señor Hennis, ¿recuerda que pasado mañana debo entregar el dinero?

—No se me olvida ni por un instante, se lo aseguro.

Poco después, estaban en el frío y brillante sótano. El guardia quedaba un poco más arriba, tras la reja que cerraba el paso al departamento.

Madge insertó la llave en la cerradura, la hizo girar y tiró hacia sí de la caja.

—No grite —dijo él velozmente.

La joven se quedó sin aliento.

—¡Dios mío! No había visto jamás nada parecido.

Hennis contempló las pilas de fajos de billetes de Banco, todos ellos con la banda protectora. La inmensa mayoría eran de cien dólares. Contó los paquetes a ojo. Había alrededor de un centenar. Si cada fajo estaba compuesto por cien billetes, el total ascendía a un millón.

—Cierre —dijo en seguida.

Madge suspiró.

—Da pena dejar ahí tanto dinero —se lamentó.

—No es nuestro. Pero, si tanto lo desea...

Abrió el bolso, sacó un fajo y lo lanzó a su interior.

—Nadia Hardon no lo va a reclamar, ni tampoco su patrón —dijo—. Y, seguramente, este dinero no tiene un origen limpio.

La caja se cerró de nuevo. Hennis y Madge se dirigieron hacia la

salida. Ella respiró a pleno pulmón al hallarse en la calle.

—¿Hemos terminado ya? ¿No me necesita más?

—Por mi parte, eso es todo. Simplemente, tenía curiosidad por saber qué contenía la caja del Banco.

—Nadia me la pidió por teléfono. ¿Por qué no vino directamente a mi casa?

—Posiblemente, se sabía vigilada. No quería arriesgarse... y resultó peor.

—Me costará mucho olvidar aquel horrible espectáculo —dijo la joven—. Señor Hennis, ¿por qué no me invita a una copa?

El joven sonrió.

—Tendremos que ocultárselo también a su prometido —dijo.

—No se preocupe ahora por él. La verdad, tengo ganas de desahogarme un poco...

—Entonces, venga; conozco un sitio discreto, donde podremos charlar un rato con toda tranquilidad.

* * *

Una hora más tarde, Madge, con los codos sobre la mesa, fijó la vista en el hombre que tenía frente a sí.

—¿Por qué eligió esta profesión? —inquirió.

—No sabría explicarlo. Terminé la carrera de abogado y ejercí durante algún tiempo. Un día, Shannon, buen amigo de la familia, me encomendó unas gestiones. La cosa empezó a parecerme más agradable que pasar todo el día tras una mesa de despacho y así, rodando, rodando, estoy aquí.

—¿Se defiende económicamente?

—No puedo quejarme. Pero muerto Shannon me parece que lo dejaré.

—Y volverá a los tribunales.

—Claro. Ya tenía un buen cartel. Volveré a empezar.

—Pero ahora quiere seguir hasta el final.

—Sí. No lo haría yo con mis propias manos, pero quiero ver entre rejas al hombre que mató a Shannon.

—Hay algo que no acabo de comprender muy bien —dijo Madge—. Su socio investigaba seis asesinatos cometidos en Europa. ¿Qué interés podía tener en ello?

—Si quiere que le diga la verdad, no tengo la menor idea. ¿Cree que yo no me siento más intrigado que usted?

—Sí, es lógico. Señor Hennis, quiero decirle una cosa. Me gustaría conocer su oficina.

Hennis levantó las cejas, extrañado de la petición. Luego sonrió.

—No verá nada de particular, pero, puesto que se empeña...

Movió la mano y la camarera acudió en el acto. Madge sonrió, mientras se ponía los guantes.

—Soy muy curiosa —declaró.

Salieron del local, Madge dijo que ordenaría a su chófer les llevase el coche hasta las inmediaciones de la casa donde vivía Hennis, pero él se negó, alegando que no era conveniente que la gente viera un «Rolls» parado frente a su residencia.

—Iremos en el mío, es más discreto.

Magda accedió. Veinte minutos más tarde, Hennis abrió la puerta del departamento y dejó que la joven pasara delante. Durante unos minutos, ella se dedicó a curiosearlo todo.

—Está bien, me gusta. Sencillo, discreto, pero con buen gusto —dijo al cabo.

—Agradezco los elogios. ¿Quiere una copa?

—Acepto encantada.

Ahora, Madge se había quitado las gafas, lo que permitió a Hennis apreciar el color de sus ojos. Eran muy azules, claros, grandes y rasgados. Magde parecía una muchacha corriente, pero bastaba ver sus ojos para apreciar en el acto una extraña belleza, que Hennis no había captado en otras mujeres.

Ella tomó un sorbo. Luego señaló un amplio y espacioso diván, que había adosado a una de las paredes de la estancia.

—Si aquel diván pudiera hablar... —dijo, maliciosa.

—Lo que usted escucharía, a buen seguro, no la haría enrojecer. Éste es un lugar de trabajo, señorita Ewiston.

—Me gustaría creerle..., Val.

—¡Ah!, ¿quiere que me invente aventuras amorosas que no han tenido lugar jamás?

—Puede que no hayan ocurrido, pero tal vez sucedan algún día.

—En todo caso, lo intentaré.

—¿Tiene ya elegida la víctima?

Hennis sonrió. Avanzó hacia la joven y puso los brazos en su

cintura.

—¿Le gustaría ser mi víctima?

Madge sonreía de un modo extraño. Hennis buscó su boca. Ella echó la cabeza hacia atrás.

—No tengo deseos de caer...

—¿Está segura?

Hennis hizo fuerza con los brazos. El esbelto cuerpo de la joven se pegó al suyo. Hennis sintió contra su pecho el cálido contacto de unos senos de firmes contornos. A pesar de lo que ella había dicho, parecía desear el contacto de los labios masculinos.

Hennis avanzó aún más la cabeza. De pronto, a muy poca distancia, se oyó una voz sarcástica:

—Lamento interrumpir la diversión, pero he venido a buscar algo que me interesa sobremanera. Lo tiene usted, señor Hennis.

Madge lanzó un gritito de susto, a la vez que se separaba vivamente del joven. Hennis, por su parte, miró fijamente al sujeto que había aparecido tan inesperadamente, en cuya mano derecha se veía el pavonado metal de una pistola.

—¿Puedo saber lo que ha venido a buscar, amigo mío? —preguntó con el máximo de cortesía.

—Una llave, señor Hennis.

CAPÍTULO IX

Los ojos del investigador estudiaron críticamente al hombre que tenía frente a sí. Era bastante alto, corpulento y llevaba un enorme mostacho que cubría por completo su labio superior y buena parte de las comisuras de los labios, además de unas gafas oscuras, que ocultaban sus ojos. El vestido, la camisa la corbata eran completamente vulgares.

Pero en la mano izquierda apreció un sello de oro. Guardó el detalle en la memoria, mientras se esforzaba por mantener la serenidad.

—No sé de qué llave me está hablando —dijo.

—Señor Hennis, no he venido aquí para perder el tiempo. Deme la llave o le mataré.

—Le digo que...

De súbito, impulsivamente, Magde avanzó un paso, con el bolso en las manos.

—Yo tengo la llave —exclamó—. Se la daré, pero no quiero que cause el menor daño al señor Hennis.

—¡Madge! —gritó el joven malhumoradamente—. ¡No cometa esa tontería...!

Pero ella estaba ya resuelta. El desconocido alargó la mano izquierda y se apoderó de la llave.

—No intenten seguirme o lo pasarán mal —amenazó.

Hennis lanzó una maldición al quedarse solos.

—Es usted una...

—¡Ese hombre iba a matarle! —protestó Madge.

—No podía hacerlo, mujer. Llevaba una cuarenta y cinco. El disparo hubiera parecido un cañonazo aquí dentro. Le habría sido imposible escapar. Es mejor dejarle que se vaya... aunque quizá...

—añadió el joven pensativamente.

Agarró el teléfono y se lo llevó junto a la ventana, situada a nueve pisos sobre la calle. Marcó un número y esperó breves instantes.

—¿Pat? Soy Val Hennis. Escucha... Sí, ahora mismo sale de mi casa un tipo. Entra en un «Chrysler 74», azul oscuro. Casi seguro, se detendrá en el semáforo que tienes frente al local. Echale un vistazo; luego nos veremos. Date prisa, ya arranca.

Hennis volvió el teléfono a la horquilla y regresó junto a la mesa. Madge le miraba estupefacta.

—¿A quién ha llamado? —preguntó.

—Es Pat Corcoran, el dueño del bar de la esquina.

El semáforo acababa de ponerse verde cuando yo le llamé. Nuestro hombre no tendría que pasar antes de que mi amigo le echase una mirada.

—Pero... ya le hemos visto nosotros aquí. ¿Qué necesidad hay de que otros le vean también?

Hennis ofreció un cigarrillo a la muchacha.

—Usaba gafas de color y bigote postizo. Puede que me equivoque, pero, al salir a la calle, su aspecto era el normal. Y si el bigote era auténtico, también lo sabremos.

—Está bien, es una buena idea..., pero se ha llevado la llave de la caja fuerte.

—Perderá el tiempo. —Hennis lanzó una bocanada de humo—. Usted no se dio cuenta, pero yo puse una laminilla metálica en la cerradura de la caja de alquiler. Ese hombre, o su cómplice, no podrá abrir la caja.

—¡Caramba! —exclamó Madge, sinceramente admirada—. Piensa usted en todo..., aunque pueden pedir al Banco que les abran la caja por cualquier medio.

—No lo harán.

—¿Por qué?

—La llave no es suya. A estas horas, ya se sabe que Nadia Hardon ha sido asesinada. Quienquiera que reclame la apertura de esa caja, tendrá que explicarse ante la Policía.

—Es usted diabólico, amigo mío. —Magde le miró sonriente—. En medio de todo, es de agradecer la interrupción.

—Yo me estoy dando a todos los diablos.

—Sí, me lo imagino. —Ella sacó del bolso una polvera—. Con su permiso, voy a repasar un poco los estragos que sus ataques han causado en mi cara.

—¡Exagerada! —rió él.

Madge se marchó, lo que aprovechó Hennis para echar un rápido vistazo a su bolso. Apenas terminaba el registro, sonó el teléfono.

—¿Abogado Hennis? Soy Nessine, administrador de la propiedad en que reside su cliente, la señorita Ewiston. No me gusta lo que voy a decir, pero, a fin de cuentas, yo también tengo un cliente a quien defender...

—Sí, es lógico. Prosiga, señor Nessine.

—Por favor, no lo tome como... un ultimátum, pero ella... debe ya un mes de alquiler...

—¡Pero si sólo lleva seis semanas! —se asombró Hennis.

—Bueno, pagó un mes por adelantado, pero no ha pagado el siguiente. Ya lleva quince días de retraso...

—Descuide, cancelaremos la cuenta. ¿Cuál es su importe?

Nessine citó una cifra que puso los pelos de punta al investigador.

«Ladrón», dijo, cuando terminó la breve conversación.

Madge salía en aquel momento.

—La acompañaré hasta su casa —dijo él.

—Hasta la calle, solamente —sonrió la muchacha—. Tomaré un taxi. Resido al otro lado del río y para usted serían dos horas de viaje, entre la ida y la vuelta.

—Como guste.

Diez minutos más tarde, Hennis entraba en el bar de su amigo. Sacó una fotografía del bolsillo y se la enseñó a Pat Corcoran.

—Sí, era el mismo —dijo el dueño del bar, confirmando las sospechas que había concebido Hennis.

* * *

Al otro día., por la tarde, poco después de las cinco, cuando ya se disponía a salir, Hennis recibió una llamada telefónica.

—Soy Bobbie. Tengo algo muy interesante que decirte.

—Bien, pero date prisa; estaba a punto de salir...

—Se trata de aquel tipo que es tan guapo y tan elegante. Hoy ha estado de nuevo a ver a mi jefe. Han discutido de una manera horrible. Mi jefe le decía que tenía que hacer algo, no sé qué era, porque no pude escuchar toda la conversación. El otro, Salmson, se negaba, pero ha tenido que ceder... Mi jefe le decía que ya le debía demasiado dinero y que no podía esperar más. Por lo visto, le ha encargado un trabajo, con el que cancelará la deuda. Eso es todo.

—Y muy interesante, guapa. Recibirás la debida recompensa en cuanto me sea posible.

—¿Val?

Hennis hizo un gesto de resignación.

—¿Sí, preciosa?

—La recompensa... en especie, no en dinero.

Hennis soltó un bufido.

«Esta chica sería feliz en algún país árabe; tendría un harén masculino», rezongó.

A las seis en punto a los lavabos del Hendrick's.

Dejó el paquete en el cubículo asignado, salió, se lavó las manos y se dirigió luego hacia el bar.

Tomó una copa. Era un local bastante concurrido, de modo que resultaba difícil saber quién era el que iba a recoger el paquete, ya que el movimiento de clientes hacia los lavabos era casi continuo. Un tanto frustrado, se cansó de esperar y salió a la calle.

De pronto, un hombre pasó por su lado precipitadamente, y se metió en un coche que aguardaba a pocos pasos de distancia. Hennis se percató de que el individuo llevaba su paquete en la mano.

Había otro que le aguardaba tras el volante. El primero se sentó junto a su compinche y rasgó la envoltura del paquete. Abrió la caja que había bajo el papel y, en el mismo momento, algo chasqueó con terrible fuerza.

Hennis sonrió al oír el aullido de dolor que lanzó el sujeto, cuando el cepo para animales pequeños le pilló todos los dedos de la mano derecha. Pero, al mismo tiempo, una pequeña sirena de barco empezó a emitir sus pitidos intermitente con gran volumen sonoro.

La gente se volvía, al oír aquellos ruidos. Hennis,

disimuladamente, fue a su coche. Un patrullero de la policía llegó, haciendo atronar su sirena. Para Hennis, el asunto había terminado en aquel momento. Ya tenía la confirmación de que Steele dirigía la agencia de asesinatos.

Aunque, realmente, era más bien la cabeza visible, porque el director auténtico era otro.

Jim Sentinel.

¿Quién se escondía tras aquel seudónimo?

En el próximo semáforo encendió un cigarrillo. Broxley, seguramente, le daría la respuesta que esperaba.

* * *

La puerta del piso se abrió al fin. Sonó una risita femenina. Alguien tocó el interruptor de la luz.

Luther Broxley entró, con el brazo izquierdo en torno al talle de una rubia vestida estrepitosamente. La rubia reía con fuerza, pero la risa se le congeló en los labios al ver a un hombre sentado en el otro extremo de la sala, con un revólver en las manos.

—¡Luttie! —chilló.

Los ojos de Broxley se achicaron.

—No temas, nena —dijo—. Aunque esté armado, haré papilla a este fulano. Luego, tú y yo seguiremos la diversión...

—Luttie es un encantador diminutivo de su auténtico nombre —sonrió Hennis—. Pero, si como supongo, lleva un chaleco blindado, lo que le hace sentirse muy tranquilo, entonces apuntaré a la cabeza. Es dura, aunque menos que un proyectil calibre treinta y ocho. —Con la mano izquierda, Hennis lanzó al aire un pequeño rollito—. Chica, tómalo; son cincuenta pavos. Lárgate y olvida que has estado aquí. De lo contrario, un día te rajarán la cara.

La rubia se agachó, cogió el dinero y salió, taconeando como si la persiguieran cien legiones de diablos. Entonces, Broxley dijo:

—Bien, ¿qué diablos quiere? Usted no es policía...

—Casi resultaría mejor para ti —Hennis se puso en pie y volvió el revólver a la funda—. Quiero que me digas la forma de ponerte en contacto con Jim Sentinel.

—¡Ah, conque es eso! —murmuró Broxley.

—Sí.

—No puedo decirle nada. El siempre me llama...

Hennis avanzó dos pasos. Su mano derecha estaba ahora a la espalda. De repente, Broxley sacó su pistola.

Una delgada varilla de acero, que más parecía la batuta de un director de orquesta, se movió con increíble velocidad. Broxley lanzó un aullido de dolor, cuando el bastoncito le golpeó en los nudillos.

Hennis se movió con enorme rapidez durante unos momentos. La varilla de acero golpeó despiadadamente los puntos más sensibles de la anatomía del sujeto. Cuando trataba de protegerse la cara, la varilla hería sus muslos o sus antebrazos. Al fin, completamente derrotado, vencido por el dolor, se desplomó al suelo.

—Basta, basta... Se lo diré... —gimió abyectamente.

—Habla —ordenó Hennis con duro acento.

Broxley citó un número de teléfono. Hennis se lo hizo repetir. Al terminar, se dirigió hacia la puerta.

De repente, oyó un ruido a su espalda. Al volverse, ya tenía el revólver en la mano.

Babeando obscenos juramentos, Broxley, arrodillado, trataba de apuntarle con su pistola. Hennis hizo fuego dos veces.

En su revólver también había un silenciador. El arma apenas hizo ruido. En la frente de Broxley aparecieron dos sangrientos orificios.

El asesino se desplomó de bruces. Hennis inspiró con fuerza. No había resultado agradable, pero era su vida la que estaba en juego.

Por otra parte, recordaba la espeluznante imagen de Nadia Hardon colgada del techo y horriblemente torturada. Al menos, otro de los ejecutores materiales del crimen había pagado sus culpas.

* * *

Madge le llamó a la mañana siguiente.

—Ya tengo las instrucciones para entregar el dinero —manifestó.

—Interesante. ¿Cuándo?

—Mañana por la noche. Pero yo no puedo...

—Le digo una vez más, que no debe preocuparse. A propósito,

¿puedo invitarla a cenar esta noche?

—Sí, claro.

—Haga que su chófer la deje a la entrada de la ciudad. Tome luego un taxi. Yo estaré aguardándola a las siete en punto, en el Hunter & Fisherman, calle Veintiuno Este.

—De acuerdo.

—Póngase guapa. Con permiso de su prometido, desde luego.

—Ha dicho que tenía trabajo, por asuntos de su herencia. No lo veré en un par de días.

—Magnífico.

—Oiga, que yo quiero a ese hombre...

—No lo dudo, Madge.

—Val, empiezo a desconfiar de usted. Tendré que beber durante la cena... el champaña se me sube fácilmente a la cabeza... Apostaría algo a que cenaremos en un lujoso reservado, donde la dama desvalida caerá en brazos del pérfido galán...

Hennis lanzó una ruidosa carcajada.

—Vamos, vamos, no crea que es *La Dama de las Camelias*. La cena será en público, como todos los que van a ese restaurante. No se olvide, a las siete en punto.

—De acuerdo, Val.

Hennis colgó el teléfono. Sentado tras su mesa de despacho, se retrepó en el asiento y contempló especulativamente la libreta que su socio había perdido en la relojería de Floyd.

Seis hombres, seis secretarias..., muchos millones en danza... Salvo Nadia, asesinada, todas las demás se habían aprovechado de la situación. Si los asesinatos no habían sido inspirados por ellas, no se les podía reprochar demasiado que hubieran tratado de enriquecerse con un dinero que ya no tenía dueño.

De pronto, al pasar una de las hojas, creyó ver algo extraño. Aunque era de día, encendió la lámpara y puso la agenda debajo del foco de luz, moviéndola ligeramente en distintos sentidos.

Al cabo de unos segundos, agarró un lápiz y una cuchilla usada, y empezó a echar polvo de grafito sobre la hoja que aparecía en blanco.

—Idiota de mí, ¿cómo no pensé antes en ello? —se apostrofó, mientras realizaba la tarea.

Al terminar, frotó suavemente el polvo con la yema del pulgar. Una serie de letras, que componían diversas palabras, aparecieron claramente ante sus ojos.

En aquel momento, adquirió la convicción de que casi tenía resueltos todos los enigmas. Prácticamente, lo único que le quedaba era confirmar sus sospechas de modo fehaciente.

De pronto, llamaron a la puerta.

Precipitadamente, guardó la libreta y se puso en pie. Cruzó la estancia, abrió la puerta y vio al sargento Rooke, acompañado de un tipo que le resultaba desconocido.

—Hola, Val —saludó el policía— Te presento a Jean Miremont..., digamos que pertenece a la policía francesa. Señor Miremont, éste es Val Hennis, el socio de su amigo Shannon.

—¿Cómo está? —saludó Miremont, en un impecable inglés.

—Asombrado —sonrió el joven—. ¿Qué hace un policía francés en Nueva York?

—De un modo particular, investigo la muerte de Pierre Deschamps. Fue amigo mío y de su socio Shannon.

—Estuvimos juntos en la guerra y nos hicimos muy amigos. Entonces, ¡cielos, como pasa el tiempo!, ninguno teníamos veinte años, pero la amistad perduró. En París yo averigüé algunas cosas sobre el asesinato de Deschamps y escribí a Shannon, para que hiciera pesquisas por su cuenta. Era un asunto que no se podía hacer oficial, al menos entonces. Incluso mi viaje a Estados Unidos es particular —declaró Miremont.

—Creo que comprendo, aunque me parece que usted debe de saber los motivos de la muerte de Deschamps —dijo Hennis.

—Tráfico de armas —respondió el francés lacónicamente.

CAPÍTULO X

La rubia, de generosos contornos, entró en el restaurante, contoneándose aparatosamente. Un hombre salió a su encuentro y la besó en una mejilla, arrancándole una risita de satisfacción. Luego, ella saludó a dos más, sentados en la barra que había al fondo.

—¡Eh, quite los ojos de esa rubia! —protestó Madge.

Hennis sonrió.

—Era simple curiosidad profesional. Me preguntaba si esa rubia sería..., pero no, no creo que él llegue a tanto.

—Bien, ¿quién es? ¿Acaso la conoce usted? Parece muy guapa.

—Sabe transformarse bien —contestó Hennis.

Madge frunció el ceño.

—¿Qué es lo que trata de decirme? —preguntó.

—La mitad de las mujeres que hay aquí, por lo menos, son *travestís*.

Ella se sofocó violentamente.

—¡Val! No le perdonaré nunca que me haya traído a este infecto lugar —protestó—. U... un antro de vicio...

—La ciudad entera es un antro de vicio —contestó él filosóficamente—. Ande, tómese un trago para que se le pase el mal rato.

Madge paseó la vista por el lujoso restaurante, en el que había infinidad de hombres ataviados con las más diversas y estrepitosas indumentarias, sin contar con los *travestís*. Dominando su repugnancia, quiso conocer los motivos por los cuales Hennis la había llevado a aquel local.

De pronto, Hennis agarró la carta, una gran hoja doble de cartón, y se la entregó a la muchacha.

—Póngasela delante, pero mire por encima —indicó—. Y domine sus nervios.

Madge obedeció, extrañada. De repente, su boca formó una «O» mayúscula.

—¡Dios mío... «El»...!

—Sí —confirmó Hennis fríamente.

Ella cerró los ojos.

—No puedo creerlo —murmuró.

—Me lo informaron hace tiempo. Usted misma dijo también, en cierta ocasión, que él se portaba con demasiada cortesía..., vamos, que no era muy apasionado.

—Es cierto —gimió Madge—. Pero ¿por qué?

—Tendrá la explicación, quizá, esta misma noche. Si no le importa la acompañaré a su casa.

—Sí, por favor; se me han quitado ya las ganas de cenar...

Hennis observó con el rabillo del ojo al recién llegado. Gene Salmson charlaba animadamente con un *travesti*, al otro lado del restaurante.

—Yo me pondré en pie primero y la cubriré con mi cuerpo —musitó.

Madge asintió.

—Es horrible, horrible... ¿Por qué no me lo dijo antes? —preguntó, con acento de reproche.

—¿Me lo hubiera creído?

Ella comprendió la justeza de la observación. Sí, Hennis había acertado al hacerle ver la realidad con sus propios ojos.

—Vámonos, no puedo aguantarlo más.

Salmson estaba vuelto de espaldas a ellos. Hennis dejó unos billetes sobre la mesa. Momentos después, se hallaban en el coche.

Madge cerró los ojos y reclinó la cabeza en el asiento.

—Es la mayor desilusión de mi vida —dijo.

—Bueno, estas cosas pasan a veces... Pero es mejor que se haya enterado ahora. Imagínese que se entera después de la boda. ¿Sabe lo que hubiera pasado?

—No, dígamelo, por favor.

—Es bien sencillo. Salmson le habría pedido una crecida cantidad por guardar silencio. Usted hubiera tratado de evitar el escándalo a cualquier precio, ¿no es así?

De repente, Madge rompió a reír. Era una risa estridente, nerviosa, al borde del histerismo.

—¡Pobre idiota! —exclamó—. La verdad, casi me dan ganas de seguir adelante y casarme con él. ¡Menudo chasco se iba a llevar!

El cuerpo de Madge era sacudido por violentas convulsiones. Hennis empezó a alarmarse, pero ella, al fin, logró calmarse. Sacó un pañuelo y se enjugó las lágrimas, que habían brotado abundantes a causa de la hilaridad.

—Val, no me mire así, no estoy loca. Pero si se espera un poco, se lo diré todo...

—No hace falta que hable. Déjelo para otro momento.

—Pero es que yo quiero...

—Se lo prohíbo. En cambio, voy a decirle por qué murió mi socio.

—¿Lo sabe ya?

—La pidieron que investigase la muerte de un antiguo compañero. Estuvieron juntos en la guerra... Bueno, el asesinado se dedicaba al tráfico de armas. Era una sociedad compuesta por seis socios y cada uno tenía su propia secretaria, a fin de diversificar, no sólo los movimientos del negocio, sino aumentar la seguridad personal. Pero de nada les sirvió, porque alguien se enteró del asunto y preparó las seis bombas. Presumiblemente, por el «soplo» de alguna de las secretarias, quien quiso también tomar su tajada del pastel. De otro modo, ¿cómo se iban a conocer los nombres y domicilios de las víctimas?

—Ahora lo comprendo. Pero ¿conoce el nombre del asesino?

—Lo sabré mañana, con toda certeza, cuando entreguemos el paquete con el dinero.

* * *

A las diez de la noche, cuando sonó el timbre de la puerta, Hennis abrazó estrechamente a Madge.

—¿Qué hace? —se asombró ella.

—Siga así. Béseme —ordenó Hennis imperativamente.

—¿Es parte del juego?

—Sí.

Segundos después, un hombre apareció en el salón. Los ojos de

Salmson brillaron coléricamente al ver a su prometida en brazos del investigador.

—Nunca creí que fueras capaz de hacer una cosa semejante, Madge —dijo, con aparente cortesía—. Mi prometida, abrazada a un hombre...

Sin soltar del todo a Hennis, Madge se volvió.

—Al menos, «es un hombre» —dijo intencionadamente—. ¿Puedes decir tú lo mismo, Gene?

Las mejillas de Salmson enrojecieron vivísimamente.

—¡Madge! ¿Qué es lo que tratas de insinuar? —gritó.

—Te he visto en el

Hunter & Fisherman.

—No tiene nada de particular. Debía entrevistarme con un conocido, para hablar de un negocio...

—Dijiste que te ausentarías de Nueva York, Gene.

—Salmson, ¿qué propina dio usted al capitán de la embarcación que usted hizo creer a Madge era su yate? ¿O tal vez se trataba de un marinero, con uniforme de capitán? —intervino Hennis—. ¿Ha pagado ya el «Aston Martin» o solamente se trata de un coche alquilado?

Salmson tenía la boca abierta. Parecía incapaz de reaccionar.

—Le debe mucho dinero a Steele, ¿verdad? —continuó Hennis, implacable—. Dígame, ¿ha podido abrir la caja de seguridad del Trust Guarantee? Salmson, cuando se disfrace otra vez, hágalo mejor.

—No..., no sé a qué se refiere...

—Después de que se llevó la llave, bajo la amenaza de la pistola, se quitó el bigote y las gafas en el ascensor, antes de salir a la calle. Su coche, distinto, lógicamente, se paró ante el semáforo de la esquina. Alguien le vio y lo reconoció posteriormente, mediante una fotografía que yo le enseñé.

—Val, ¿de dónde sacó la fotografía? —preguntó Madge, atónita.

—Se la quité a usted del bolso, mientras estaba en el baño. —Hennis no perdía de vista a Salmson—. Además, cuando otra vez pretenda asaltar a alguien, quítese de la mano ese pretencioso anillo con sello, que aparenta ser de oro, pero no es más que metal barato dorado. Y ahora, lárguese de aquí, porque su plan de casarse con la señorita Ewiston, para divorciarse al día siguiente de la boda, con

una sustanciosa indemnización, para evitar el escándalo, se ha ido al diablo. Vuelva al Hunter & Fisherman; allí encontrará sobradas distracciones.

Salmson parecía anonadado, incapaz de reaccionar. Abrumado, dio media vuelta y se encaminó hacia la salida.

Madge se sentó en el diván, con las rodillas juntas.

—Me siento terriblemente decepcionada —dijo—. Había llegado a quererle...

—Es un «cazadotes» —calificó Hennis crudamente—. ¿Cree que es la primera a quien deslumbra con sus trucos? Pero el dinero que consigue así, se le va tan fácilmente como el agua en un cesto de mimbre.

Hennis echó a andar también hacia la puerta.

—¿Se marcha ya? —preguntó Madge.

—El caso no ha terminado todavía —respondió él, sin volverse.

El mayordomo le abrió la puerta. Hennis avanzó a lo largo del sendero central. De súbito, saltó a un lado y agarró una mano que empuñaba una pistola.

—Suélteme, suélteme... —jadeó Salmson, enloquecido por la cólera.

—Es usted un cobarde, además... de lo que es. Me ha tenido a tiro y ni siquiera se ha atrevido a apretar el gatillo. Debe a Steele un saco de pasta y, para cancelar la deuda, ha tenido que aceptar convertirse en un asesino. Por fortuna, le he evitado un serio disgusto.

La pistola cayó al suelo. Hennis le dio un tremendo empujón y Salmson se alejó tambaleándose.

Momentos después, cruzaba la verja de hierro. Hennis se parapetó prudentemente detrás de un árbol.

Las luces de un coche se encendieron de repente. Salmson elevó las manos para proteger su vista del resplandor.

—Parece que no has cumplido tu palabra, Gene —dijo un hombre.

—¡Espera, Hudd! —chilló Salmson—. Ahora te lo explicaré todo...

—Dale, Dogo.

Una pistola emitió varios fogonazos. Salmson gritó

horriblemente, se tambaleó y acabó por caer al suelo. Madge salió corriendo de la casa.

—¡Val!, ¿qué ha sucedido? —exclamó.

Hennis la empujó hacia adentro.

—Tengo que hacer una llamada telefónica —dijo.

* * *

El coche se detuvo frente al Black Hole.

—Yo me apeo aquí —dijo Cleugh.

—Está bien —contestó Steele.

La portezuela delantera se abrió. Un hombre se destacó de la penumbra que había junto a la entrada del local.

—Dogo, estás arrestado por el asesinato de Gene Salmson —anunció el sargento Rooke.

Steele oyó aquellas palabras y pisó el acelerador. Un coche de patrulla se le cruzó, cerrándole el paso.

Cleugh pareció enloquecer y sacó su pistola. El sargento Rooke hizo fuego.

Steele se apeó y trató de escapar.

—¡Alto, párese! —gritó un policía.

Steele se dio cuenta de que había caído en una encerrona. No sabía cómo había llegado la noticia tan pronto, pero quería escapar a cualquier precio. Si no lo conseguía, se pasaría veinte años en la cárcel.

Era preciso amedrentar a los policías, hacerles retroceder... Sacó un revólver y encañonó al agente que corría hacia él.

El policía se tiró al suelo instantáneamente. Otro agente hizo fuego por el flanco.

Steele empezó a derrumbarse. La calle estaba brillante por la lluvia que había caído hacía poco. Su mejilla sintió durante unos momentos la frescura del asfalto mojado. Luego, poco a poco, las sensaciones se fueron desvaneciendo en lo que le parecía un sueño reparador.

El sargento Rooke contempló fríamente al hombre caído sobre el brillante pavimento.

—Eres un tipo afortunado —murmuró—. Para ti, ha sido mejor este fin que acabar ante un juez.

CAPÍTULO XI

—Me parece que el chantajista no acudirá a recibir el dinero.

Madge se extrañó de aquellas palabras.

—La cita es para hoy, a las diez de la noche...

—Lo sé, pero ha ocurrido algo que, posiblemente, le haga meditar.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Salmson ha muerto. Los dos hombres que vinieron a vigilar la operación, murieron también.

—Entonces, no queda ninguno, Val.

—Sí, queda Jim Sentinel.

Hennis estaba en mangas de camisa, con el cuello abierto, ya que había pasado la noche en la casa. Después de desayunar, se puso la corbata.

—Tengo que salir —dijo—. Nos reuniremos a la noche.

—¿Puedo acompañarle? —suplicó Madge.

Hennis la miró con simpatía.

—Está mejor en casa —contestó.

—Ya no viviré aquí mucho tiempo, Val.

—Me lo figuro. De todos modos, el sargento Rooke ha enviado a un par de agentes para que la cuiden. Esta zona no pertenece a su distrito, pero los chicos se han prestado voluntariamente. Son de confianza.

—Muy bien, pero ¿qué hará usted mientras tanto?

—Buscar a Jim Sentinel.

—Val, el asunto está prácticamente terminado. ¿Por qué correr más riesgos?

—Aún no he terminado por completo. Dentro de lo que cabe en esta metáfora, Steele era el que daba la cara. Y aún no sé quién fue

el que disparó contra Shannon. Queda John Dillon y quiero hablar con él.

Madge corrió hacia el joven y puso una mano en su brazo.

—Tengo que hablar con usted —dijo mirándole intensamente.

—Otro rato...

—Val, usted me desengañó. Yo... había llegado a creer en Gene... Ha sido una terrible decepción... Usted tenía razón desde el principio...

Hennis sonrió comprensivamente.

—A veces pasan estas cosas —se despidió.

Una hora más tarde, entraba en una oficina. Bobbie le miró con ojos muy abiertos.

—¿Eres tú o tu fantasma?

Hennis lanzó una risita.

—¿Acaso me creías ya bajo tierra? Bobbie, ¿cuándo vas a comprarte la ropa de tus medidas?

—Cuando se tiene algo que vale la pena, debe lucirse, me parece —contestó.

—Indudablemente. Bobbie, ¿sabes ya lo que le pasó a tu jefe?

—Sí. —Ella se puso seria—. La verdad, nunca me imaginé estar mezclada en un lío tan horrible...

—A ti no te harán nada. Tú eras la secretaria de un hombre que prestaba garantías..., una forma muy adecuada de ocultar los préstamos usurarios que hacía en realidad. Pero Steele tenía sus archivos.

—Sí, aunque están cerrados con llave.

—Eso no me preocupa. Tengo que buscar algo en esos archivos.

Bobbie se puso en pie y trató de estirarse la falda. Hennis sonrió.

—Como no te la sueltes de la cintura, no bajará más —dijo.

Ella lanzó una risita.

—No es difícil...

—Preciosa, he venido a trabajar —cortó él las nada ocultas insinuaciones de la rubia—. ¿Dónde están los archivos?

—En el despacho. Ven, te lo enseñaré.

Hennis entró en el lugar indicado. Había dos armarios metálicos, cuyos cajones estaban cerrados con llave, lo mismo que los de la mesa de trabajo. Pero ello no supuso ningún obstáculo para él.

Atónita, Bobbie le vio sacar un manojo de llaves de forma muy

extraña. Hennis se dio cuenta del asombro de la secretaria y sonrió.

—Ganzúas —dijo, escueto.

Después de algunas intentonas, consiguió abrir el primer cajón.

—Voy a estar mucho rato —anunció—. Bobbie, cierra con llave. No contestes si llaman, ni tampoco respondas a las llamadas telefónicas.

—Está bien. ¿Quieres café?

—Es una buena idea.

Hennis revisó a fondo los archivos. Una hora más tarde, encontró lo que buscaba, incluso con fotografías.

—Bien, parece que esto termina de resolver el asunto —dijo.

—¿Qué es? —preguntó la secretaria.

—Bobbie, voy a darte un consejo. Síguelo y te evitarás muchos disgustos.

—Sí, dime.

—Usa *pullovers* ajustados, pero no seas curiosa.

Bobbie se echó a reír, a la vez que ponía las manos atrás, para bajar el cierre relámpago de la espalda.

—Hace calor —dijo, incitante.

Hennis elevó los ojos al techo.

—¡Qué mujer! —murmuró.

Bobbie empezó a sacarse el *pullover*. Su cabeza quedó oculta durante unos segundos. Cuando terminó la operación, se volvió y dijo:

—Eh, ¿qué te parece...? ¡Se ha ido!

Estuvo así unos momentos. Luego, al fin, se encogió de hombros y volvió a cubrirse el torso espléndido.

* * *

El rostro del sujeto no tenía nada de agradable, apreció Hennis, sentado frente a él. John Dillon le miró con recelo.

—No sé nada de nada —dijo.

—Aún no he empezado a hablar, Johnny —contestó Hennis.

—Es inútil. No despegaré los labios.

—¿Sabes, Johnny?, como en las película del Oeste, te estoy apuntando con una pistola por debajo de la mesa. Tiene silenciador. Nadie se dará cuenta. Parecerá que te has quedado dormido. Y

aunque me detuvieran, ¿crees que estaría mucho tiempo en la cárcel? No es por nada, pero... compara mi fama con la tuya y dime cuál sería el resultado.

Dillon sacó la lengua y se lamió un labio superior partido hacía mucho tiempo.

—Pero ¿qué diablos es lo que quiere saber? Yo no maté a su socio —barbotó.

—Claro, Dogo ha muerto y él puede cargar con las culpas.

—¡Se lo juro! Fue él...

—En cambio, tú ibas en el coche que esperaba a Pete Farka.

—Era el conductor —admitió Dillon a regañadientes.

—¿Quién era el otro?

—Cleugh.

—Vaya, pensaba que no os podíais ver...

—Tuvimos que hacer las paces. El lo ordenó.

—¿El? ¿Quién?

—Ya está muerto también.

—¿Steele?

—Sí.

Hennis se puso pensativo.

—Creí que sería Sentinel —murmuró.

—No conozco a ese tipo —declaró Dillon.

—Entonces, fue Steele el que os ordenó liquidarme.

Dillon se frotó la mandíbula.

—Mire, Dogo me buscó y dijo que había un asunto de quinientos «pavos». Yo tenía que encargarme de conducir el coche. Pensé que tendríamos que dar una paliza a un deudor moroso...

—Lo cual, por otra parte, no era nada nuevo en vosotros —comentó Hennis cáusticamente.

—Algunos se lo merecían, créame. La verdad, yo no me di cuenta de nada, hasta que vi a Farka cae salía disparado... y lo vi por el retrovisor del coche. Entonces, Dogo se asomó y le llenó de plomo.

—Sin duda, para taponarle la boca.

Dillon emitió un reniego.

—Tengo una fama inmerecida. —Una vez maté a un tipo, pero él me amenazaba con una navaja. Estaba medio loco o quizá drogado: no atendía a razones. La prueba es que apenas estuve en la

cárcel. Pero, desde entonces, he adquirido una fama inmerecida...

—No tan inmerecida. Johnny, ¿de verdad no has oído hablar nunca de Jim Sentinel?

—¡No, se lo juro!

—Está bien.

La mano derecha de Hennis apareció sobre la mesa, junto con el revólver que había dejado entrever al principio del encuentro. Tranquilamente, Hennis empezó a «pelar» el arma. Dillon, con ojos atónitos, se dio cuenta de que el brillo plateado del metal no era otra cosa que papel de estaño.

Al terminar, Hennis arreó un bocado al cañón del revólver. Mientras masticaba complacidamente el chocolate, dijo:

—¿Gustas, Johnny?

El hampón tenía la boca abierta de par en par. Hennis se levantó y le puso la culata entre los dientes.

—Está muy sabroso —se despidió.

Dillon quedó unos momentos en la misma postura. Al fin, rabioso, cerró los dientes. El chocolate se quebró en su boca.

—Sí, estaba sabroso —reconoció más tarde, de mala gana.

* * *

Cuando regresó a su oficina, encontró un mensaje de la grabadora:

«Señor Hennis, soy Jayne Roxlane. Por favor, ¿quiere llamarme en cuanto le sea posible?».

Hennis reflexionó unos segundos. Al fin consultó su agenda particular y marcó el número de la diosa nórdica.

—Señorita Roxlane —dijo—. Acabo de enterarme de su mensaje. ¿Le ocurre algo en particular?

—Sí. Me siento un poco nerviosa... Aunque días atrás le dije que sabría cómo deshacerme del chantajista, la verdad es que... Francamente, tengo miedo.

—¿Ha hablado con él?

—Sí. Me pide doscientos mil más. ¡Esto es un abuso!

Hennis casi soltó el trapo de la risa al escuchar aquellas palabras de protesta.

—Sí, es indudable, un abuso intolerable. Pero ya le avisé que el

chantajista no se contentaría con la primera entrega.

—Usted tenía razón —admitió la walkyria—. Oiga, he conseguido que venga a visitarme, esta tarde a las seis. ¿Por qué no viene a protegerme? Usted... podría meterle el miedo en el cuerpo...

—Hombre, no soy un matón —contestó Hennis.

—Mire, le pagaré diez mil, si consigue librarme de esa lapa. Por supuesto, no le pido un asesinato, Dios me libre... Pero usted, como experto en esta clase de asuntos... podría obligarle a que se olvidase de mí. Diez mil dólares... y mi gratitud personal, señor Hennis.

Las últimas palabras chorreaban miel, pensó el joven. A juzgar por las apariencias, Jayne era menos dura de lo que pretendía demostrar.

—¿Su... gratitud personal?

—Bueno, los dos somos jóvenes... Por favor, a las seis en punto, señor Hennis.

—Seré puntual —prometió el investigador.

—Hasta luego, encanto.

Hennis sonrió para sí. Dejó el teléfono sobre la horquilla, encendió un cigarrillo y contempló distraídamente las volutas de humo que subían hasta el techo.

CAPÍTULO XII

Se disponía a salir de casa, cuando se topó con Madge.

Hennis lanzó un reniego.

—Pero ¿qué diablos...?

—Lo siento, estoy muy nerviosa —se disculpó ella—. Si le hubiese llamado por teléfono, usted me habría contestado negativamente. Bien, ya estoy aquí.

—Sí, está aquí, pero no vendrá conmigo.

Madge contempló la gran caja, artísticamente embalada, que el joven tenía en las manos.

—¿A quién piensa visitar? —preguntó.

—Mis asuntos privados no le interesan —contestó él, de mal talante.

—¿Cómo lo sabe?

—Usted ya está libre del chantajista, ¿no?

—Val, el que no está libre de mí es usted —dijo ella, mirándole fijamente.

—Caramba, es usted una veleta. Ayer pensaba de una forma y hoy ya piensa de otra distinta. ¿Tan pronto ha olvidado a Gene?

Madge se puso encarnada.

—No me hable más de ese pobre hombre —dijo—. Cuando me enteré de... de lo que era...

—Sí, se decepcionó, pero ro irá a decirme que se ha enamorado súbitamente de mí.

—Tanto como eso... Pero me cae muy bien. Además —suspiró la joven—, pienso pedirle trabajo como secretaria. Lo que era antes. Si deja el oficio y abre de nuevo su bufete, necesitará una secretaria. Hennis sonrió maliciosamente.

—De acuerdo —dijo—. En tal caso, empiece ahora mismo.

—¿Qué es lo que debo hacer, Val?

—Siéntese en aquella mesa. Estoy aguardando una llamada importantísima. Puede representar una minuta de veinticinco mil dólares. Tome nota de todo lo que le digan y asegure al que le llame que su pleito está ganado. ¿Ha comprendido?

—Sí, Val.

—Quizá regrese un poco tarde. En el frigorífico tendrá cena.

Madge se apartó para que él pudiera pasar.

—De todos modos, me gustaría saber a quién va a obsequiar con esa media tonelada de bombones —dijo.

—Es más alta que yo, tiene casi cuarenta años y pesa ciento veinticinco kilos. Adiós, Madge.

Hennis alcanzó por fin el ascensor. A Madge se la llevarían los demonios cuando se diese cuenta de que la espera iba a resultar inútil, pero no quería que una intervención de la muchacha, inesperada y hasta inoportuna, diese al traste con todos sus proyectos.

* * *

La puerta del departamento se abrió. Jayne Roxlane se apoyó lánguidamente en el borde de la puerta, con el brazo derecho levantado, en una actitud pretendidamente cinematográfica.

Hennis sonrió. Jayne vestía una aparatosa *negligée* de color azul pálido, con muchos metros de tela casi transparente.

—Ha sido puntual, amigo mío —dijo con dulzura.

—¿Quién no lo sería, sabiendo que le esperan diez mil dólares... y una mujer hermosa?

Jayne rió tenuemente.

—¿Qué trae ahí? —preguntó.

—Bombones.

Hennis cruzó el umbral. Ella cerró la puerta.

—Siéntese, voy a prepararle una copa —dijo.

Hennis quedó en un mullido diván, con la caja sobre las rodillas. Jayne se dirigió a una lujosa barra, pasó al otro lado, se inclinó levemente y volvió a erguirse.

En su mano derecha había un pequeño revólver.

—Voy a matarle, Hennis —anunció.

—¿De veras? —contestó el visitante, impávido.

—Creo habérselo dicho en cierta ocasión: tenía una fórmula para deshacerme del chantajista. La emplearé con usted.

Hennis sonreía.

—Ahora empezará a rasgarse las ropas. Gritará, disparará un par de tiros... y cuando acuda la policía, dirá que he intentado violarla, ¿no es cierto?

—Exactamente. —Jayne empezó a rasgar lentamente su peñador, con la mano izquierda—. Le quedan muy pocos segundos de vida, Hennis —añadió.

—En su lugar, yo no apretaría el gatillo. La policía no creería su versión de los hechos. Antes de una hora, le dirían que el intento de violación no era sino una farsa que usted había empleado para asesinarme.

—¿De veras? ¿Cómo podrán contradecir lo evidente?

—Pues... muy sencillo. En primer lugar, examinarán los arañazos que sin duda encontrarán en su cara y en su bello pecho. Cuando me haya matado, ¿se inclinará sobre mí, para coger una de mis manos y arañarse usted misma?

Jayne respingó.

—Y en segundo lugar, la policía no se creería eso, ni aunque lo jurase usted de rodillas. Le guste o no, me tienen fichado como... alérgico a las mujeres.

La walkyria soltó una obscena interjección.

—Es usted un...

—Sí, eso mismo —dijo Hennis, con la mejor de sus sonrisas—. Soy eso que piensa, señorita Edwina Alberta Poe.

* * *

—Ése era su nombre primitivo cuando era soltera —añadió Hennis—. Pero quizá se casó luego y enviudó... y el nombre de Jayne Roxlane parecía más atractivo.

—¿Cómo lo sabe? —chilló la rubia.

—Ese dato consta en los archivos de cierto tipo que murió hace dos días, al resistirse al arresto.

—¡Steele!

—El mismo.

De repente, se abrió una cortina. Un hombre apareció en la sala.

—De todos modos —dijo—, usted no saldrá vivo de esta casa. Edwina y yo nos iremos ahora mismo.

—Lo dudo mucho, señor Sentinel... ¡Oh, perdón!, señor Floyd.

Los ojos del relojero se achicaron.

—El mejor negocio de mi vida y usted ha tenido que estropearlo —dijo, con acento rebosante de odio—. No puedo perdonárselo, Hennis.

—Yo tampoco puedo perdonarle la muerte de mi socio —contestó el joven sin inmutarse—. El plan ideado para eliminar a seis traficantes de armas sin escrúpulos era magnífico, pero no contó con la huésped. En este caso, la huésped, o sea el fallo, resultó ser Paul Deschamps, el mercader de París. Resultó ser muy amigo de Shannon, amistad que nació en el último año de guerra, en operaciones que ambos realizaron juntos para la Resistencia francesa.

»En París Deschamps tenía otro amigo, que también lo era de Shannon. El señor Miremont, además de amigo de Deschamps, es policía y lee los periódicos. Aunque con las debidas ayudas, como se puede suponer, empezó a investigar y llegó a la conclusión de que las bombas habían sido enviadas desde Estados Unidos. Miremont se puso en contacto con Shannon y éste empezó sus investigaciones. Tuvo que ser así, ya que no había pruebas de la suficiente consistencia como para que el asunto tomase aspecto oficial.

»Entonces, usted, señor Floyd, llegó a la conclusión de que los movimientos de Shannon podían resultarle perjudiciales. Mi socio ya había encontrado a Jayne o, si lo prefieren ambos, a Edwina. Las amenazas que le hicieron no fueron suficientes para detenerle. Por eso fue asesinado, justo cuando acababa de salir de su relojería.

—Eran unos traficantes de armas, unos mercaderes de la muerte —exclamó Floyd, colérico—. ¿Qué derecho tenían a vivir...?

—Señor Floyd, no irá a decirme que lo que hizo fue por mero espíritu de justicia. De lo contrario, no se habría aprovechado de los fondos que manejaba Edwina ni hubiera chantajeado a las otras cinco secretarías, para agarrar un buen pellizco del dinero que a ellas había sido confiado. Si considera que ese dinero está manchado de sangre, usted no debería haber tomado un solo centavo.

El relojero se frotó la mandíbula.

—Val, muchacho, si usted quisiera, todavía podríamos arreglarnos. Algunas de las secretarias han pagado un cuarto de millón. Edwina tiene casi dos... Hemos perdido el de Nadia Hardon, por el error cometido al no habernos percatado de su cambio de residencia, cosa que supimos mucho más tarde, pero el botín roza los tres millones. Digamos que... uno podría ser para usted. ¿Qué juez o qué ley tiene autoridad para intervenir en un dinero que ya no tiene dueño?

—No es mala la oferta. Un millón de dólares para pagar cuatro o cinco litros de sangre... la que había en las venas de Shannon.

—¡Está muerto! ¡No sea idiota! —terció la diosa nórdica—. Nada podrá resucitarle y usted viviría como un potentado el resto de sus días.

Hennis sonrió.

—¡Qué poco conoce usted las teorías sobre la inflación y el deterioro del poder adquisitivo de la moneda! —respondió, cáustico.

—Si no acepta, le mataremos —dijo rabiosamente el relojero—. Con dinero, se pueden contratar los mejores abogados. Donde sea negro, el jurado verá blanco.

—Sí, algunos dicen que la justicia es cuestión de pasta —admitió Hennis tranquilamente—. Pero es que usted, Floyd, ha hecho o bien ordenó hacer otras cosas que tienen difícil solución. A fin de cuentas, no se puede olvidar que Steele no era sino una marioneta que obedecía sus órdenes con toda docilidad. Usted dijo en cierta ocasión que no hacía préstamos; claro que de eso se encargaba Steele, así como de los asesinatos que les eran contratados. Esto es algo de muy difícil solución.

—No me diga que...

—¿Por qué cree que estoy aquí? Steele empezaba a hartarse de usted y ya había reunido muchos datos, que un día podían comprometerle gravemente. Uno de esos datos se refería a Edwina, de la que había un historial bastante detallado, incluso con fotografías..., algunas de ellas muy bien acompañada.

—Eso significa que ha registrado los archivos de Steele.

—Sí, pero ya había empezado a sospechar de usted, Floyd. Primero, en la agenda que usted me devolvió, había una hoja

arrancada con gran esmero, de tal forma, que era difícilísimo notarlo, a menos que se examinara con todo detenimiento. Usted vio anotado en esa hoja el nombre, la dirección y el teléfono de Edwina. Pero mi socio tenía el defecto de apretar bastante el bolígrafo al escribir. En la hoja siguiente, aunque en blanco, quedaron impresas en relieve las notas que él había tomado y que yo hice visibles con polvo de grafito.

»Segundo, usted mencionó un asesino que cojeaba. Yo investigué a fondo. La descripción física del hombre que mató a mi socio, era exacta, salvo que ninguno de los sospechosos cojeaba ni había sufrido accidente alguno en un pie en aquellas fechas.

»Tercero, Broxley, por no hablar de otros más, contactaba con Jim Sentinel cuando tenía que “apiolar” a alguien. Sentinel, centinela... Lo mismo que *watch*, que significa también atalaya, centinela... y reloj. Un seudónimo lleno de macabro humorismo, ¿no le parece?

—Shannon tenía un socio que resultó un buen discípulo — comentó Floyd amargamente.

—El suyo no es menor, cuando tuvo una hija a la que puso por nombre Edwina Alberta Poe. E.

A. Poe,

el nombre del tipo que, aparentemente, le encargó los relojes, para construir las bombas con sus muelles. Edwina, la persona que, muchas veces, disfrazando la voz, recogía los mensajes de las personas que querían contratar un asesino. Edwina, en fin, la secretaria avariciosa que empezó a recelar de las actividades de su jefe, Romain Schalff, inició sus pesquisas y acabó por saber los nombres y direcciones de cinco secretarias más. Entonces fue cuando concibieron la idea de liquidar a los traficantes de armas. Edwina se quedaría con su parte, un par de millones, pero les perdió la avaricia. Dos millones era poco; había que conseguir más, sacarles él jugo a las otras cinco secretarias. Sí, Floyd, usted tenía razón antes cuando dijo que yo le había estropeado el negocio de su vida.

Los ojos del relojero se achicaron.

—Se lo he dicho antes también: tenemos dinero y un buen abogado nos librará del compromiso. Así pues, piénselo de una vez: el millón de dólares... o una bala.

Hennis contempló pensativamente el revólver que Floyd empuñaba con la mano derecha. De pronto, tiró del lazo de la caja que tenía sobre las rodillas.

—Traía un obsequio para Edwina —dijo—. Señor Floyd, le aconsejo deje caer su pistola al suelo. Acabo de soltar el muelle de una bomba que va a explotar antes de diez segundos.

Una leve columnita de humo empezó a salir por uno de los costados de la caja. La walkyria lanzó un chillido de pánico y corrió desolada hacia la puerta.

Floyd movió el brazo derecho. Hennis intuyó el gesto y se tiró a un lado. La bala se clavó en el diván. Antes de que el relojero tuviera tiempo de rectificar la puntería, un hombre hizo fuego desde la entrada.

Floyd se tambaleó. Lanzó una mirada de odio infinito hacia el joven y luego se derrumbó al suelo.

—Sargento —dijo Hennis—, creí que no ibas a llegar nunca.

Rooke tenía a la rubia sujeta por un brazo.

—Estaba fascinado oyéndote —respondió—. Chico, qué discurso. Jamás había oído un relato tan interesante.

Gruesas lágrimas rodaban por los ojos de Edwina. Ya no salía humo de la caja. La rubia comprendió que todo había sido un truco de Hennis, para sorprenderles y obligarles a delatarse a sí mismos.

—Sammy, me voy —dijo el joven—. Tú te encargarás del resto.

Ya entraban algunos agentes de uniforme. Hennis se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir, fijó los ojos en la diosa nórdica.

—Edwina, de alergia a las mujeres, nada; Todo lo contrario, una exquisita sensibilidad —se despidió.

* * *

Madge dormía apaciblemente en el sillón, cuando Hennis entró en su oficina.

—¡Eh, despierte! —exclamó.

Madge se irguió, frotándose los ojos.

—No ha llamado nadie —informó.

—Lástima, hemos perdido un buen asunto —dijo Hennis indiferentemente—. Bueno, ya saldrán otros. Por cierto, me asalta

una duda.

—¿Sí?

—Verás —la tuteó de repente—, como abogado, espero ganarme bien la vida y hasta pagar un sueldo decoroso a mi secretaria. Pero mis ingresos no llegarán jamás a tener mayordomo, doncella, cocinera, jardinero y «Rolls» con chófer. Demasiada gente, ¿no te parece?

Madge se puso colorada.

—Más de una vez quise decírtelo, pero tú nunca me dejabas —contestó, avergonzada—. Todo era una farsa, Val.

—¡Oh! —dijo él.

—Hace tiempo, conocí a Gene. Vi en él a un hombre elegante, distinguido, simpático, desenvuelto...

—Y muy rico.

—Además, me habló de su aristocrática familia, de sus posesiones en el Sur, de sus acciones de compañías navieras en Boston... Bueno, yo tenía en Arkansas unas tierras y las vendí, y esto sí es cierto. Con ese dinero alquilé la mansión y contraté la servidumbre... Esperaba que Gene supiera perdonarme la farsa después de casados...

Hennis sonreía maliciosamente.

—No me mires así —exclamó ella, furiosa—. Yo soy la primera en lamentar lo sucedido, pero si piensas en ello, Gene hacía lo mismo. Y además, era... «eso».

Hennis hizo un gesto con la mano. Madge, todavía con las mejillas encarnadas, se le acercó, reticente.

—Vamos a cenar —dijo—. Mientras cenamos, hablaremos.

—¿De qué, Val?

—Bien, de tu empleo, de mis planes para el futuro... Yo no tengo yates, ni poseo un «Aston Martin»...

—Pero eres sincero y honesto.

—Eso sí.

—Y trabajador.

—También.

—Y te gustan las mujeres.

—¡Con locura!

Madge se le acercó, provocativa.

—Empiezo a sospechar que, a partir de ahora, sólo te va a gustar

una mujer —dijo.

—¿Quién es?

—Yo.

Hennis sonrió.

—Me parece que aciertas —contestó—. Nena, estoy muerto de hambre —añadió, a la vez que empujaba a Madge hacia la puerta.

—¡Oh, qué prosaico! Y yo que creí que ibas a besarme...

—Bueno, si tanto te empeñas...

Hennis la abrazó. Antes de besarla, dijo:

—Esto va a ser el aperitivo, pero sigo teniendo hambre.

Madge exhaló una argentina carcajada. Luego se colgó del cuello de Hennis.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

siempre en primera línea cuando se trata de ofrecer a los numerosos lectores que la honran con su adhesión los temas de mayor actualidad,

PRESENTA LA NUEVA SERIE TITULADA:

¡KIAI!

HÉROES DE LAS ARTES MARCIALES

a través de cuyos volúmenes se narra la epopeya de unos hombres que, sin otras armas que sus manos ni otro código que el de su peculiar filosofía, luchan esforzadamente por el

BIEN Y LA JUSTICIA

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 20 PTAS.

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.